

Toda la correspondencia al Director

# Vida Nueva

No se devuelven los originales

Telegramas: Vida-Nueva, Madrid

Telefono 1113

Núm. 4

Oficinas: San Agustín, 10.—Madrid

3 Julio, 1898

Un periódico PARA EL PÚBLICO, sin compromisos con ningún partido, sin apoyo ni protección declarada a nadie, sin espíritu de escuela determinada. Un semanario independiente, una tribuna en la que quepan todas las ideas y todas las opiniones en interés de los lectores, que serán colaboradores nuestros cuando quieran enviarnos algo que al público le interese. Eso es el periódico VIDA NUEVA.

## El subsuelo

Bajo la pesadumbre de males que de día en día y de hora en hora, y cada vez en mayor número, se amontonan sobre España, no faltan personas que echen a la nación la culpa de cuantas calamidades ella misma padece. «Este país,—suele decirse ahora como en tiempo de Figaro—está decaído y agotado; la raza española ha perdido sus antiguas virtudes... Aquí ya no hay entusiasmo, ni energía, ni patriotismo ni nada.» Algunos aún más pesimistas que los que tales cosas afirman, escriben en latín para mayor claridad, el epíteto de nuestra patria: *Finis Hispania*.

Teniendo en cuenta quiénes son los que formulan estos tristes juicios, se explica sin dificultad cuál es la causa de su pesimismo. Generalmente las susodichas lamentaciones parten de personas que a excepción de Madrid sólo conocen de España lo que se alcanza a ver desde las ventanillas de los trenes ó lo que las comedias regionalistas de Felú les enseñaran desde los escenarios de los teatros. Hay, en efecto, mucha gente convencida de que el país es el salón de conferencias; la mayoría de la nación, la mayoría del Congreso; y los vividores de la Bolsa, los vagos de la Puerta del Sol, los trasnochadores de tabernas y cafés... la representación genuina de España.

Es cosa muy común que el hombre que se encuentra enfermo y rodeado de enfermos llegue a creer a pie juntillas, que no existen en el mundo salud, ni fuerza ni alegría: el universo entero se le antoja un enorme hospital. Esto me trae á la memoria un recuerdo que no considero inoportuno. Visitando yo en cierta ocasión la cárcel Modelo, hube de entrar en una celda, en la cual, encerrado como un pobre pajarillo en su jaula, había un terrible criminal como de 10 ó 12 años. El delito cometido por el encarcelado era enorme: un asesinato.

enseñaba el establecimiento, me dijo, señalando al malhechor.

—Es muy listo; en la escuela de la cárcel ha aprendido una porción de cosas. ¿Ve usted. ¿Das Geografía?

—Sí señor, contestó el muchacho.

—Bueno. Pues, dínos, ¿cuál es la capital de España?

Quedóse el chiquillo un poco meditabundo, miró primero al suelo, al techo después, y saltó al cabo como si de repente hubiera dado con la respuesta que se le pedía:

—¡La cárcel!

Del mismo modo que el pobre enjaulado suelen discurrir muchos y muy graves varones. Ven solamente lo que les rodea y dan por seguro que el mundo no traspasa la línea de su horizonte sensible.

Es la nación, ni siquiera su reflejo, la espuma que flota sobre el río revuelto á que sirve de cauce la actual organización social y política? No; no es España la tropa de diputados cuneros que la máquina incubadora del Ministerio de la Gobernación empolla en visperas de elecciones; no es España el ejército de intrigantes que valiéndose de mañas reprobadas, asalta las cómodas posiciones del presupuesto; no es España el grupo de zurruetos que merodea en torno de las desdichas de la patria para obtener con el alza ó con la baja de nuestro crédito unos cuantos céntimos de vergonzosa ganancia; no es España la cuadrilla asalariada por el fondo de reptiles, ni es finalmente España, sino la enfermedad de ella, gran parte de esa muchedumbre que ha salido á la superficie de la nación como salen los malos humores, en forma de enfermedad cutánea, á la superficie del cuerpo humano.

El país no hay que buscarlo en la corteza de España, sino en el subsuelo. Para conocerlo es menester penetrar en los talleres, recorrer los campos, bajar á las minas, estudiar sus cualidades, sus aptitudes, sus creencias, penetrar, en fin, en lo más íntimo de su ser. Y cuando se ha hecho esto y cuando se ha comparado á los hombres de hoy con los de otras edades, se llega á adquirir la consoladora certidumbre de que la raza española conserva el mismo vigor é idéntica fortaleza que ha mostrado en el transcurso de su historia.

Aun no habiendo ahondado en el estudio de nuestro pueblo, basta haber visitado con alguna detención sus regiones para reconocer la verdad de la susodicha afirmación. Quien ha visto en las costas cantábricas, á los trabajadores de aquellos mares luchando valerosamente con los huracanes y las olas en frágiles traineras que una leve ráfaga de viento puede sumergir, y á los vascos, aragoneses y catalanes del Pirineo en sus rudas faenas monta-

ñasas, y á los labriegos de Castilla regando de sol á sol la tierra rara vez agradecida, y á los huertanos de Valencia y Murcia que han hecho de sus campos el jardín de España, y á los infatigables mineros de Riotinto, Linares y Sierra de Gador... quien ha contemplado de cerca el gran cuadro de nuestra vida nacional, no considera ni puede considerar á la raza española ó apática ó decaída, ni mucho menos agotada.

Nuestra patria cuenta con marinos que compiten con los mejores marinos de otros pueblos, y quizá los aventajan, con industriales inteligentes, con labradores, comerciantes y braceros capaces de cumplir obras tan admirables como las que se realizan constantemente en Barcelona, Bilbao, Málaga, Cádiz... Un pueblo que conserva su vigor físico é intelectual sin que le hayan quebrantado las guerras y calamidades innumerables que sobre él han pesado durante el siglo que está á punto de terminar, contiene rica savia y poderosa energía, que sólo han menester para dar excelentes y copiosos frutos, de una inteligente dirección.

Por causas históricas que no son para estudiadas en un artículo de periódico, por defectos de organización, que desde el advenimiento de la casa de Anjou al trono de España, viene siendo *traducida* y no producto de nuestro carácter, costumbres é instituciones, por abandono y miras egoístas de las clases directoras, por enmohecimiento de organismos que á pesar de su véjez y deterioro siguen funcionando, por estas causas y por otras cuya enumeración y cuyo análisis llenaría largas columnas, es lo cierto que la nación española advierte de día en día mermado su prestigio, que verá bien pronto cercenado su territorio, y que, finalmente, si se cumplen las profecías de Salisbury, no pasará mucho tiempo sin que las naciones poderosas echen suertes sobre su conservación é integridad.

para reglar que la gente se agolpe semejante á viejo barco sin brújula ni timón y llevando dentro de sus podridas tablas, sanos, inteligentes y valerosos pasajeros. ¡Injusto sería que los directores de la nave echasen á los viajeros la culpa del naufragio.

Los que por su talento ó por privilegios de la herencia ó de la fortuna, debieran encauzar y regir las fuerzas de la nación son los primeros en enervarlas y destruirlas. Yace la esperanza en lastimosísimo abandono; seméjase nuestra Hacienda á esos lagos, como el Caspio, que reciben grandes caudales de agua é invisiblemente la dejan salir por ocultos canales; la riqueza particular en vez de buscar su aumento en el trabajo, acude á obtener en los intereses de la Deuda pública fácil ganancia; el acaudalado propietario rural deja sus predios confiados á manos codiciosas para hacer en las grandes poblaciones vida de no interrumpidos placeres; el aspirante á hombre público no trata de conquistar los sufragios de sus conciudadanos con positivos servicios á los pueblos, sino merced á domésticas complacencias, con los repartidores de actas y pingües prevendas. En todos los ordenes, el favor sustituye al mérito, la intriga vale más que el talento, y el cohecho y la irregularidad son más útiles y prácticos que la economía y el ahorro.

Un pueblo al que constriñen y triturar todas estas máquinas, ¿cómo sin violentísimo sacudimiento ha de mostrar su fuerza y su energía? ¿Con qué derecho se le echa en cara su atraso y aparente decaimiento? Los que le quitan la fe, ¿pueden en justicia pedirle fe? Los que le enervan, ¿pueden pedirle vigor? Los que le engañan, ¿pueden pedirle sinceridad? Los que le administran mal, ¿pueden pedirle confianza? Los que no le ilustran, ¿pueden pedirle ilustración?... Victor Hugo, en su poema el *Año terrible*, pone en labios de una muchedumbre frenética que acaba de incendiar una biblioteca, esta frase de hondo y amarguísimo sentido:

—¡No sabemos leer!

No, no es el pueblo español un pueblo muerto ó moribundo, sino un pueblo atado de pies y manos, un pueblo sobre el cual pesa una capa de tierra estéril que no deja brotar los gérmenes fecundos que el subsuelo atesora con rica abundancia. La raza existe; sus virtudes no han desaparecido, y ella romperá algún día, no muy lejano, la corteza que la oprime, trocando la presente y desolada aridez en copiosa florecencia.

ZEDA.

## El Código penal

Debería adicionárselo este artículo: «Todo hombre soltero, casado ó viudo, que en cualquier forma viva del trabajo de una mujer, aunque sea su madre, su hermana, su esposa ó su amante, será condenado á cadena perpetua.»

«Se exceptúan únicamente los casos de enfermedad ó impedimento físico.»

Adicionado este artículo y aplicado rigurosamente, la inmoralidad reinante recibiría golpe rudo.

Son tantos los sinvergüenzas que de los esfuerzos de la mujer viven hoy, lo mismo de los decentes que de los deshonestos, que asusta.

Desde el chulo que saca á la prostituta de infima categoría los céntimos que se agencian en su asquerosa faena, hasta el señorito que tiene por querida á una vieja rica, la lista es interminable.

Prescindiendo de los maridos que nunca se enteran de lo que ven, hay gran variedad de canallas en el gremio matrimonial; las pobres mujeres que tienen oficio pueden atestiguarlo. Por regla general, á mujer que trabaja, marido que huelga y se gasta en la taberna; en el café ó en los toros, lo que ella gana. Y menos mal si se lo saca con calma y no con amenazas ó golpes.

Tan corriente es ya esto de que los hombres vivan de las mujeres, que nadie lo extraña, y hasta hay hembras que lo encuentran justificado.

Antes se citaba á los hombres que se arruinaban por las mujeres; hoy se cita á las mujeres que se arruinan por los hombres. Aquello era, si no virtuoso, decente; esto es criminal, y algo peor aún: innoble.

Las ventajas que para la sociedad traería esa pequeña adición al Código, son incalculables; mas aun cuando no fuese otra que la de lanzar al trabajo ó llevar al presidio á tantos seres abyectos ó degradados, bastaría para recomendarla.

JOSÉ NAKENS.

## POESÍAS ARÁBIGO-HISPANAS.

(DEL CORDOBÉS AL-AZHAI).

Mi adorada, fatigada por dulcísimo mareo, se dispone, reclinada, á dormir acariciada por la sombra enmurmuradora del mar.

que la lluvia de un sinor celoso inflama, siempre en vela, ya entornados y apurados amortiguan los cuidados del constante centinela.

Si distante su aposento, allá fui con paso lento; y marché como quien va en busca de algo querido que, perdido, sabe al punto dónde está.

Como el sueño se desliza en los ojos fatigados, hasta el nido de mi dueña, sin sentir, me deslicé; y á su lecho, de ansia loca lleno el pecho, como suspiros que vienen del corazón á la boca, silencioso me acerqué.

A su lado, venturoso, vi pasar la noche entera en paz, amor y reposo. Y en mis brazos prisionera la sorprendió el nuevo día, de mi amor en los excesos; robando mi pasión loca, de su purpurina boca, los dulces últimos besos.

RODOLFO GIL.

## Guimerá y Cánovas

El catalán D. Angel Guimerá, poeta de alto nublado, si bien algo febril y convulsivo, y de sumo nervio y potencia de expresión, que resulta tanto más eficaz cuanto más rehuye la pompa retórica, puso en las tablas del teatro regional, en 4 de Febrero de 1890, su tragedia *Rey y Monje*, una de las mejores, aunque no la mejor de las suyas; notable como todas por el fuego de la pasión y por la enérgica familiaridad del estilo, tan remoto del énfasis convencional que ha solido predominar en el drama histórico. Guimerá es un gran poeta, todavía más lírico que dramático; pero su tétrica fantasía tiñe con los mismos colores todos los personajes y todas las épocas, por donde no puede negarse que reina cierta ligütre monotonía en su teatro. Voluntariamente se abstiene de todo apacible contraste, y la violenta tensión que imprime á los nervios de sus personajes llega á degenerar en acceso epiléptico que perturba y desazona al contemplador, impidiendo casi siempre el puro goce de la emoción estética.

En *Rey y Monje*, sin embargo, hay menos brusquedad de procedimiento que en *Judith de Welp* ó en *La fill del Rey* ó en *L'Anima morta*, y el conflicto es más interesante y humano. El D. Ramiro de Guimerá, con alma de príncipe y tribulaciones de asceta, fluctuante entre el amor y los votos monásticos, y convertido por la fatalidad de sus propios escrupulos en esposo ultrajado y vengador,

nada tiene que ver con el Rey Monje de la historia, no se presenta con carácter arqueológico alguno, puede haber vivido en cualquier sociedad y en cualquier tiempo; pero es una figura trágica y en algunos momentos impovente. Todo el final del primer acto, en que rasga el testamento de su hermano, se pone por sí mismo la corona y vuelve á continuar la misa interrumpida, es de un efectismo que tocaría en lo grandioso si no estuviese afeado por la irreverencia canónica, que es también una incongruencia artística, porque la liturgia y el teatro se excluyen mutuamente.

También ha aparecido el Rey monje como personaje novelesco, primero en una leyenda histórica de D. Manuel Fernández y González, titulada *Obispo casado y rey* (1850); dos años después en *La campana de Huesca*, de D. Antonio Cánovas del Castillo (1852); juvenil ensayo de un grande hombre, que no volvió á cultivar este género, pero que no podía ser vulgar en nada y que en este caso aventajó á muchos novelistas de profesión, no por lo que tuviera de poeta, sino por lo mucho que tenía de historiador.

No entró para nada en la fortuna inmediata de este libro el nombre de su autor, tan desconocido entonces como glorioso después; y sin embargo, el entretenido cuento tuvo muchos lectores y dos ediciones se agotaron en menos de dos años. Cambió el gusto, pasó la moda de las novelas históricas, y si *La Campana de Huesca* fué de las que se salvaron del común naufragio, más le perjudicó que la favoreció el nombre de su autor, en quien continuamente se encarnizaba la importuna malevolencia de sus enemigos políticos y de aquellos espíritus mequinos ó preocupados á quienes duele reconocer en una misma persona variedad de aptitudes ya que no méritos singulares. Hubo hiper crítico que condenó de plano la obra *in odium auctoris*, confesando que no lo había leído ni pensaba leerla. Quien siga otro rumbo y no niegue á los escritos de varón tan culto y tan discreto (que tales condiciones no ha de escatimarle su detractor más encarnizado, si es que alguno le queda después de muerto), la atención que hoy se concede aún á las producciones más efímeras y baladías del género novelesco, encontrará en aquel pensamiento de estudiante, no sólo maestría de sabia lectura, sino prendas de alto valor, en que ya se adivina lo que con el tiempo había de dar de sí aplicada al estudio de los anales patrios (en los intervalos rápidos pero fecundos que le dejaba la vida de la acción), aquella dominadora y bien disciplinada inteligencia á quien sólo faltó para ponerse al nivel de los más grandes historiadores de la Europa moderna, haber tenido más tiempo para escribir la historia que para hacerla. Cualidades históricas y del mismo género de las que en las novelas de Walter Scott se elogian, son las que principalmente realzan *La Campana*, tanto en la pintura del rús-

do su razón, que es el verdadero héroe de la novela, como en los recuerdos arqueológicos de la ciudad de Huesca, que arguyen una impresión directa y honda; y en las bellas escenas en que aparece el conde de Barcelona, y se vislumbran los futuros heroicos destinos de los dos pueblos que van á confundirse en uno.

No diremos que deje de advertirse, como en casi todas las obras de este género, cierta mezcla de ideas, costumbres y detalles pintorescos, pertenecientes á épocas distintas; pero en general hay más conciencia de erudito que la que podía esperarse de los pocos años del autor y de la libertad con que entonce se trataban esta clase de fábulas. Cánovas se mostró ya muy versado en la lectura de nuestras crónicas, sin excluir las catalanas de Desclot y Muntaner. La locución es asimismo muy pura, y aunque no exonta de resabios de arcaísmo, corre más suelta y fácil que en sus escritos posteriores, con cierta lozanía juvenil que contrasta con la manera en demasia artificiosa, aunque con noble y grave artificio, que adoptó después.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

## Los Socialistas

Los obreros de todos los países, además de afirmar la solidaridad de su clase, sin distinción de nacionalidad ni de raza y, por lo mismo, de proclamarse resueltos partidarios de la paz, reclaman á sus respectivos Gobiernos la siguiente legislación protectora del trabajo, acordada en el Congreso internacional verificado en París en 1889.

- Limitación de la jornada de trabajo á un máximo de ocho horas para los adultos;
  - Prohibición del trabajo de los niños menores de 14 años y reducción de la jornada á seis horas para los jóvenes de uno á otro sexo de 14 á 18 años;
  - Abolición del trabajo de noche, exceptuando ciertos ramos de industrias cuya naturaleza exige un funcionamiento no interrumpido;
  - Prohibición del trabajo de la mujer en todos los ramos de industrias que afecten con particularidad al organismo femenino;
  - Abolición del trabajo de noche de la mujer y de los obreros menores de 18 años;
  - Descanso no interrumpido de treinta y seis horas, por lo menos, cada semana para todos los trabajadores;
  - Prohibición de ciertos géneros de industrias y de ciertos sistemas de fabricación perjudiciales á la salud de los obreros;
  - Supresión del pago á destajo y por subasta;
  - Supresión del pago en especies ó comestibles y de las cooperativas patronales;
  - Supresión de las agencias de colocación;
  - Vigilancia de todos los talleres y establecimientos industriales, inclusa la industria doméstica, por medio de inspectores retribuidos por el Estado y elegidos, cuando menos la mitad, por los mismos obreros.
- Por su parte, los trabajadores españoles reclaman asimismo las dos siguientes medidas, de extraordinario interés para su clase.
- Armonía de las leyes Municipal y Provincial con la ley de Sufragio, á fin de que desaparezca el

absurdo de que quienes pueden ser representantes de la nación—los obreros mayores de 25 años—carezcan de derecho para representar la provincia y el Municipio;

Y servicio militar obligatorio, necesario siempre para que la clase dominante contenga sus helicos arrauques, y legal y justísimo hoy que España se halla en lucha con otro país.

Todo esto es de sentido común, y si yo fuera diputado, sin ser socialista militante, porque no tengo derecho á ello, lo defendería y trataría de ir mejorando la condición del obrero, con sincero desinterés y sirviendo las necesidades de los tiempos.

Pablo Iglesias, con completo derecho, por ser el jefe de los socialistas, pudiera haberlo defendido también; pero se le hizo una guerra terrible y á pesar de los miles de votos que obtuvo, se llevó el acta otra.

Tendrían, pues, los obreros dos diputados en la Cámara actual, pero aquí no es diputado más que aquel que quiere el Gobierno, hay que ser *encasillado* ó gastarse 10 ó 12.000 duros en comprar á los electores, los cuales se quejan después de los Gobiernos que ellos mismos traen.

Y los obreros no tienen representación ni directa ni indirecta en un Congreso donde la tienen los carlistas y personas insignificantes, sin historia, ni pasado, ni presente, ni porvenir.

En el Parlamento francés, en el alemán, en el belga, en todas las Cámaras de Europa tiene hoy el socialismo representación numerosa, y las leyes de reformas sociales se van haciendo y así se evitan manifestaciones de fuerza y conflictos graves.

Aquí nos hemos empeñado en cerrarles á los socialistas las puertas, exponiéndonos á que un día entren por las ventanas.

Todo progreso contenido, estalla. Esto es indudable.

EUSEBIO BLASCO.

## LA CUESTIÓN SOCIAL INTELLECTUAL

Se ha censurado á los socialistas por haber hecho de las reivindicaciones económicas que persiguen, una cuestión de clase. Han empleado, sin embargo, el procedimiento natural. A aquellos que sufren locales llamar sobre ellos la atención del todo social, como lo hace, por medio del dolor, en la economía, un órgano que padece. No es lo sensible que los socialistas hayan constituido una fuerza independiente; lo lamentable es que frente á ellos, ó á su lado, como se quiera, no se hayan organizado otras fuerzas que expongan ante la sociedad el programa de sus reivindicaciones peculiares.

la suscitada por las reclamaciones del proletariado es harto comprensivo. No forma el proletariado la sociedad entera, ni son los intereses económicos que discute los que exclusivamente mueven la sociedad. El bien, la verdad, la belleza, ¿no significan nada? Y si significan algo, ¿es que el hombre moral, el sabio ó el esteta, no tienen nada que pedir á la sociedad en que viven? ¿Es que creen que todo está ya lo mejor, en el mejor de los mundos posible?

Hay en todas estas reivindicaciones otras tantas «cuestiones sociales» que toca plantear, cosa extraña, no á las masas, sino á la aristocracia del carácter, de la inteligencia ó del sentimiento. En el socialismo económico la muchedumbre de los desamparados reclama la distribución equitativa de las riquezas. El proletariado, mejor dicho, la plebe intelectual, moral ó sentimental, ha caído ya demasiado bajo para que sienta el noble afán de alcanzar un *standard of life* más elevado que mueva al digno proletario económico. Tócale á la aristocracia de los órdenes mencionados erigirse para las masas en orden de atracción y hacerlas vivir la condición y dignidad humanas.

No es desinteresado este movimiento, es egoísta también, pero de ese egoísmo civilizador que ha cantado Victor Gurel en *Le Repas du lion*. Si en el mundo económico es un hecho que la huelga de los obreros acarrea la ruina de los patronos, en el orden moral, en el intelectual, en todos los de la vida colectiva, se produce análogo fenómeno; y esta universal, aterradora huelga á que en los mencionados órdenes se ha entregado la plebe, hace imposible la vida de las respectivas aristocracias. El hombre moral sucumbe en un medio donde la inmoralidad domina; el sabio se agota en la estéril tarea de hacerse entender por un público ininteligente; el esteta vive solo, incomprendido, como un ser extraño y de otra raza, aislado entre gentes con las cuales no puede establecer ninguna especie de comercio espiritual.

Si hemos de prepararnos para la vida nueva y trabajar para constituir nuestra patria intelectual, preciso será denunciar la situación presente con la misma cruel exactitud con que los socialistas exponen las miserias del régimen que combaten. La industria de las ideas vive lánguida vida en España. Apenas cuatro ideas de las que por ahí circulan son de producción nacional: las restantes llevan el *marchamo* de la Aduana. Vivimos en plena noche intelectual, y los pocos astros que la iluminan no tienen luz propia; reflejan como la luna, la que reciben de fuera.

Lasalle puso en circulación una óptima teoría, la de la *loi d'airain* del salario, según la cual está tiendo á reducirse al *minimum* de lo que el obrero necesita para vivir. Diríamos que la ley de Lasalle impera despóticamente en nuestra vida intelectual. Nadie piensa sino lo absolutamente preciso para ganarse la vida. Así, habiendo tantos médicos, abogados ó ingenieros en España, contribuyen tan pocos al progreso de la ciencia pura, al desarrollo de los estudios especulativos, á elevar el nivel de la cultura general. La vida intelectual se sostiene en España gracias á la importación de ideas; por cierto un comercio pobre que, frito de grandes pedidos, se limita á traer del extranjero géneros de baratillo, mercaderías de desecho adquiridas á *bon marché*.

Dícese que el té que se servía á Europa ha sido



la inventiva del reporter aquella parte íntima, personal, que pone en sus trabajos, cuando no aliero el fondo de la cuestión.

Las frases dedicadas a Carolina Coronado han sido torcidamente interpretadas. Que la ilustre escritora no hubiese de venir para dar fe de cosa alguna a este mundo vil—el de nuestras pequeñas pasiones,—no significa que se halle en lo que la gente llama el otro mundo, sino solamente que vive en plácido retiro apartada de nuestras luchas.

Los hechos afirmados por nosotros quedan en pie. ¿No es esto lo esencial? Y si lo es, ¿qué andar interpretando torcidamente frases, ni sacando las cosas de quicio?

**Pena de vida**

Carrara, el infame asesino que mató, descuartizó y quemó a un infeliz recaudador de casa de Banca en París, pagó su deuda a la justicia en la plaza de la Roquette hace pocos días.

Pálido, descañado, el miserable se presentó en el patíbulo pidiendo compasión y gracia, pidiendo la vida. La justicia humana le contestó con el golpe seco del cuchillo al caer en el tajo y las salpicaduras de sangre.

Ethievant, un anarquista feroz, cansado de la vida ataca a varios guardias de seguridad parisiense y les hiera gravemente. Condenado a muerte Ethievant, propone el indulto, y concedido, niega a admitirlo: «No quiero—dice—la vida, que es el mundo de las miserias, quiero la muerte,» y la sociedad le contesta: Toma la vida que desprecias y ambicionaba Carrara. Toma el indulto. Toma la luz, el sol, la lucha por la existencia.

Te condenamos a... vivir.

**La Monja Alferez**

Asombro fué de españoles y americanos doña Catalina de Erauso, mujer de San Sebastián, llamada la monja alferez, hembra disfrazada de varón, que valió por muchos hombres españoles en las guerras de América del siglo XVI, y cubierta de armadura y casco dió ejemplo de valor a capitanes esforzados.

Espíritus pesimistas creen hoy que la robusta semilla española del valor se ha perdido. Y se admiran de las damas yankees, ricas y gentiles, que guerrear en los pomposos ejércitos de la espada ó en los batallones generosos de la Caridad.

Desvanecemos estas dudas.

Damas y marquesas españolas que en tiempos de paz valieron por su arrogancia y sus bríos contra los yanquis lo que no valían ministros y aun hombres, irán en las filas españolas a pelear ó a curar.

Lo sabemos de buena tinta. Y antes de mucho hemos de verlas con espada, armadura y pesado casco. No se podrá decir, a lo menos, que las nuevas Catalinas de Erauso son ligeras de cascos.

**-En 1793-**

El Sr. D. Gregorio Barragán nos envía el siguiente curioso é interesante artículo que gustos publicamos.

Recordemos lo que España hizo en 1793 cuando el

No hizo más que declarar la guerra a Francia, y combatir la guerra y combatir con lo que en el día sucede.

No hizo más que declarar la guerra a Francia, y combatir la guerra y combatir con lo que en el día sucede.

Los donativos y ofertas que desde 1.º de Febrero de dicho año se habían hecho al monarca por los españoles, recibieron un incremento tan notable en el espacio de dos años, que no hay memoria en la historia de los pueblos modernos de un desprendimiento tan generoso como universal.

Desde el grande de España hasta el último mendigo, todos corrieron a depositar en las arcas del Tesoro los intereses de que según sus respectivas fortunas podían disponer, bastando para ejemplo de tan cuantiosos donativos, entre otros que se podrían citar, el del duque del Arco, importante la suma de dos millones de reales en efectivo; el del arzobispo de Zaragoza y su cabildo, de un millón de reales por primera imposi-

ción, comprometiéndose a dar trescientos mil anuales mientras durase la guerra; el del arzobispo de Valencia, de cincuenta mil pesos fuertes, además de otro millón de reales aportados por su cabildo, y el del capítulo de Toledo, finalmente, importante no menos que veinticinco millones de reales.

Para formar una idea de esta profusión, baste decir que cuando los donativos gratuitos de la Francia ofrecidos a la Asambléa nacional en 1790, ascendieron a cinco millones de francos y los de Inglaterra en 1763 á cuarenta y cinco, los de la España montaron la enorme suma de setenta y tres millones.

Las cofradías y hermandades, y hasta las monjas mismas, ofrecían los emolumentos con que contaban para el sosten de sus respectivos institutos: los individuos que no tenían dinero daban géneros y efectos de su comercio ó de su industria; los que no tenían intereses comerciales ó industriales que ofrecer, ofrecían sus personas ó las de sus hijos; los que nada de esto, en fin, podían presentar a la Patria, contribuían con sus oraciones y plegarias pidiendo al cielo concediese el triunfo á las armas españolas.

Las provincias Vascongadas y Navarra, hicieron llamamientos a la población; los catalanes, después de haber querido levantarse en masa, ofrecieron poner en campaña 50.000 soldados; los grandes y títulos solicitaron el favor de levantar cuerpos á sus expensas; el general de los franciscanos se brindó á marchar donde se le destinase al frente de 10.000 frailes; el arzobispo de Zaragoza propuso la formación de un ejército de 40.000 hombres escogidos entre los individuos del clero secular y regular más capaces de soportar las fatigas de la guerra.

Todos los individuos, todas las órdenes y organismos del Estado querían vender ó morir por la Patria. Los contrabandistas mismos dejaron de serlo, y olvidando los hábitos de su vida anterior consagrada al crimen y al asesinato, volaron á ofrecerla en defensa de la nación y del Gobierno que los perseguía. Trecentos de ellos, con sus capataces ó cabos al frente, y á las órdenes de su jefe Ubeda marcharon á derramar su sangre á Guipúzcoa, participando del entusiasmo general que entonces reinaba.

¿Que más? Los franceses emigrados que se hallaban en España, formaron un cuerpo militar con permiso del Rey, bajo la denominación de «Legión real de los Pirineos», cuyo mando se dió al marqués de San Simón, grande de España de primera clase, cubierto con las heridas que había recibido en el sitio de Yorktown, en Virginia, y lleno de la reputación militar que había adquirido en América.

Para llegar á los 73 millones que se recaudaron entonces llevamos ya recaudados más de 20 millones. ¡Venga dinero! como dijo Blasco.

¡Vaya dinero! como dirían las órdenes y congregaciones... de entonces.

**Consulta pública**

Sr. Director de VIDA NUEVA:

Muy señor mío: ¿Es que realmente se piensa en hacer vida nueva, después de la desastrosa que llevamos los españoles hace un siglo, ó mejor hace algunos siglos? Si es así, vamos á la campaña, pero sepamos antes en qué consiste esa vida nueva que hemos de llevar.

Es muy común en España pagarse de palabras, de frases hechas. Encontrada una, ya nos echamos al suelo, como si no hubiera más que hacer. Así ha sucedido con las de «Soberanía nacional», «Libertad de imprenta, de cultos» y tantas otras, que han costado torrentes de sangre... para sólo tener el placer de paladearlas. ¿Sucedirá lo mismo con la que ha dado nombre al periódico que acaba ustedes de inaugurar?

¿Vida nueva supone nuevas costumbres, nuevos gustos, nuevas ideas, una transformación, que ha de durar y que no se agote en un momento?

Yo no veo que hasta ahora salga á luz la nueva forma que ha de presidir la vida nueva que se anuncia. Nuestras acciones históricas han sido la guerra, la superstición y la holganza. ¿Dónde aparece la bandera que lleve escrito entre sus pliegues «Paz, Religión, verdad, trabajo» y sobre todo, ¿dónde están los medios para realizar este lema?

Porque no basta escribir ciertas frases en un programa, sino que es preciso hacerlas efectivas en una nueva creación. ¿Hay aquí en qué se cifra para mí la vida nueva. O se hace ésta ó nuestra vida seguirá tan vieja y tan gastada como la hemos arrastrado hasta hoy.

He dicho creación, y claro está que eso supone un creador. Otras veces se ha llamado Carlo Magno, Lutero, Voltaire, Washington... En España, ¿cómo se llamará?

Afortunadamente no hay que inventar nombres para lo que no existe, ni hace falta. España tiene en su seno todo lo que le hace falta, no necesita nuevos descubri-

dores. Lo único que necesita es quitar lo que le sobra, podar, suprimir, depurar las aguas de la tradición con un filtro que las haga potables, sanadas, bastantes para darle la salud y robustez que ha perdido.

De manera que el régimen de la vida nueva ha de ser puramente negativo. Los resultados positivos vendrán después.

No quiero dar por terminadas estas líneas sin apuntar á grandes rasgos en qué consisten estas negaciones que han de ser tan fecundas. En el orden educativo ó didáctico la supresión radical de los libros de texto durante veinte años y la sustitución de los mismos por las cosas que se trata de enseñar. En el orden religioso la supresión del latín en los actos del culto, poniendo en su lugar, ó al menos paralelos, las lenguas y dialectos de la Península. En el orden político la supresión ó al menos la menor cantidad posible de gobierno y en su lugar la resultante de una representación obtenida según y como se le antoje á cada región, así como el administrativo la sustitución paulatina del Estado por la iniciativa particular.

El pasado nos legó Universidades y modelos en el orden literario, artístico y científico; una religión que en su parte estética tiene todos los elementos de regeneración moral é intelectual; entidades étnicas capaces de vivir con su vida propia y concurrir con las similares para los fines comunes; un alma nacional despierta y viva para todos los grandes progresos, un conjunto de libertades como no las tiene más amplias otro pueblo. Mal se ha interpretado la rutina escolar y pedagógica, apoyándose en los libros de texto; la rutina clerical y autoritaria, basada en una lengua muerta; la pléthora de gobierno y administración con sus organismos burocráticos, y con todo esto se ha atrofiado la vida nacional. Es lo que hay que suprimir, pues quitados estos obstáculos, surgirá la vida nueva, como la luz en la naturaleza al desaparecer las nebulas que interceptaban el sol, como la circulación de la sangre rotas las venas que la comprimen.

Todo es hoy cuestión de suprimir, no de crear. Los que vuelven la vista al horizonte en busca de ideas nuevas y hombres nuevos, ya pueden esperar sentados. Esta vez la vida nueva no vendrá con nuevos factores, como otras, sino con los antiguos, pero depurados de los elementos que han impedido su eficacia.

Después, ¿quién sabe lo que vendrá después? Ocupémonos del porvenir inmediato, pues el remoto no nos pertenece.—Pedro Sala.

Sr. Director del semanario VIDA NUEVA:

Muy señor mío y de toda mi consideración: He recibido el primer número de su brillante periódico, y el lunes próximo le remitiré en carta certificada el importe de mi suscripción.

Por el correo de hoy le remito mis dos folletos España y los toros y Colón y la Historia, y le autorizo para reproducir lo que guste de los mismos. También adjunto van mis dos tarjetas referentes á mi vida política y literaria, para que usted recuerde quien soy. Después de mi jubilación antológica, residido en esta villa de Cartuja, como si viviera en el planeta Júpiter, pero dedicado al estudio y escribiendo obras literarias, y archivándolas por falta de protección. Estimaría que se dignase publicar algunos artículos míos, políticos, científicos y literarios, siempre que merezcan la aprobación de su ilustrado criterio.

He colaborado en muchos periódicos de España y en Las Regiones y en El Libro Examen, en donde también escribía mi distinguido correligionario el señor de Zamacois.

Felicito á usted por el laudable ideal de VIDA NUEVA, semanario filosófico y elocuente. El propósito de abrir un horizonte á los que han de venir á aumentar el número de los colaboradores, es necesario y laudable, y así se evita el monopolio de la opinión y de la fama y la oligarquía de la pluma.

En mi folleto Colón va usted en la página 26 el sistema del terror que propugna el obispo de Darién para dominar á los indios. Está muy desaprobado por la prensa, y que tiene un efecto muy negativo en el servidor q. b. s. m. Vitor Ocariz.—Medina del Campo, 18 Junio 1898.

Sr. Director de VIDA NUEVA.

Muy Sr. mío y de mi más distinguida consideración: En el número 1.º del presente periódico que usted tan dignamente comienza á dirigir, se hace una consulta á la opinión pública, sobre los motivos que puede tener el pueblo español para mostrarse ahora, ante los sucesos gravísimos que están ocurriendo, tan distinto á como se mostró en 1885, cuando lo de las Carolinas. Como la consulta se hace al público, yo voy á tomarme la libertad de dar mi contestación, pero le suplico Sr. Director, no la dé publicidad, pues no me agrada la notoriedad en ningún sentido.

El pueblo no ha cambiado, es siempre el mismo, bueno y sufrido, pero hay una circunstancia, que hace las cosas.

En 1885, ocupaba el Gobierno el partido conservador con el Sr. Cánovas del Castillo, que á pesar de sus grandes dotes, no era muy simpático al pueblo; de esto se valieron los partidos de la oposición, y estos fueron los que organizaron aquella manifestación que no fué de amor patrio, si no para derribar á Cánovas.

Hoy preside el Gobierno el Sr. Sagasta que tiene bula para todo, y que además tiene la suerte de que no hay quien agite al pueblo en su contra y lo llevara al matadero sin que nada ocurra; y aquí tiene usted señor Director, el porqué de que la actitud del pueblo español es ahora tan diferente de lo que fué en 1885.

Tal vez crea usted, Sr. Director, que las mujeres no debemos meternos en estas cosas; puede ser que tenga usted razón, pero también es posible que si usted, que tanto talento tiene, medita un poco sobre este particular, acabe por creer que si la mujer española, sin dejar de ser mujer, tomase alguna participación en las glorias y desdichas de la Patria, quizás sería mejor la suerte de esta noble y querida España.

Perdone Sr. Director la molestia que le ocasiono en gracia á la admiración y simpatía que por su talento y bondad siento su atenta seguidora, q. b. s. m. Brigida M. Caamaño.

Sr. Director de VIDA NUEVA.

Muy Sr. mío: Alentado por el plausible pensamiento que encarna Vida Nueva, y el triste estado de nuestro querido suelo, me atrevo á dar expansión á mis humildes ideas, deseando encuentren el fin que me propongo, para satisfacción de todos.

Creo inútil estar averiguando en dónde está la causa del mal,—tanto como preguntar á un enfermo porqué lo está.—Seguramente, contestaría que no lo estaba de su agrado. Generalmente hablando, los abusos y la negligencia de un lado, y la escrupulosidad y previsión del otro.

Es una verdad que el cuerpo suple las faltas de la cabeza. La cabeza en la nación está en los poderes civil y eclesiástico, y el militar es el cuerpo. Se impone, pues, una reforma civil y eclesiástica.

Inevitablemente avanzan: el progreso, por el adelanto de las Ciencias; la idea de libertad, por la devoción al trabajo; el amor á él (la causa de las causas), por el temor de lo conocido. Si permanecemos indiferentes é inactivos á este elemento avasallador, la miseria, la ruina, la destrucción, en fin, todas las calamidades se apoderarán de nosotros, y entonces, faltos de recursos habremos de someternos al intrusor, y sufrir las penas de nuestro merecido trabajo.

Estamos ahora á tiempo para evitar mayores males y para ello desde luego debemos ponernos nosos, á estudiar asiduamente, y otros, á trabajar con ahínco. La dicha es consecuencia del esfuerzo. Así que trabajando, únicamente, seremos felices.

También pide una reforma la educación. Esta debe tender á formar hombres observadores, pues como dice Bacon, «haber es observar».

Para terminar, repetiré, á usted y á [trabajar] Suyo; S. Z.

**LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA**

**DEFECTOS CAPITALES**

En el primer número de esta Revista tuve el atrevimiento, que en gracia á la buena intención merece disculpa, de salvar la barrera de la rutina y del convencionalismo, afirmando que la Hacienda pública debe establecerse sobre bases completamente nuevas.

Pues bien, lo mismo que dije concretándose á la Hacienda, he de decir hoy de la administración en general. Una triste experiencia ha demostrado que el actual organismo administrativo, en la inmensa mayoría de sus manifestaciones, es contrario á todo orden y altamente perturbador.

Que el sistema de la administración es contrario á su fin, no es necesario demostrarlo con grandes y rebuscados argumentos, cuando está en la conciencia de todos.

Basta recordar para comprobarlo, la situación de los maestros; muchos de los cuales cerraron sus escuelas para demandar una limosna del transeúnte; las quejas fundadísimas de los padres de familia contra la anarquía de la segunda enseñanza y de la profesional; lo que de jueces y magistrados dicen los litigantes pobres de dinero ó de influencia, y de los caciques los desgraciados que no disfrutan de la gracia de estos venturosos representantes locales de la política al uso.

Y si no fuera bastante, véase dónde anda el trigo de los positos y quién lo aprovecha; cómo están las comunicaciones entre los pueblos y éstas respecto de las líneas generales; cómo los montes públicos y la agricultura; cómo la industria y las demás fuentes de riqueza nacional, y en fin, porque este inventario sería interminable, dígame si no son pruebas acabadas de desorden y desconcierto las vergonzosas manifestaciones de la administración municipal y provincial, la burla en que ha degenerado el sistema electoral, los

comentados veredictos del jurado, la impunidad en que viven los que cohechan y malversan, y el inferno danoso del expediente, columna firme en que se asienta ese edificio, cuyo derribo y reconstrucción reclaman á voces todos los españoles sin distinción de opiniones.

Si de tanto defecto está convencido el contribuyente y saturada la opinión, ¿cómo dudar que es error y error grave que la Instrucción pública no sea la obligación más sagrada, más atendida y más cara del Estado; que la anarquía de la segunda enseñanza y de la profesional no sea sustituida, entre otras cosas, por el texto y el programa único, aunque se indemnice en alguna forma los intereses legítimos que salgan perjudicados, y que los derechos de matrícula se conviertan en módicos, facilitándose de este modo la instrucción, á la vez que se protejan exageradamente las enseñanzas agrícolas y mercantiles, y se proteja la artística en todos sus órdenes?

¿Cómo dudar tampoco sobre la conveniencia de leyes que garanticen de verdad, la independencia de la magistratura y de todos los funcionarios, y que exijan rápida y eficaz responsabilidad, sin trámites prolijos que la atenden ó hagan ilusoria; cómo titubear para que termine la tiranía curulesca y una justicia que por lo cara sólo está al alcance del poderoso ó del pobre de solemnidad; cómo dejar más tiempo subsistente la pena del cohecho repartida por igual entre el empleado y el contribuyente, para que jamás se castigue el delito ni se sienta el escarmiento; y cómo continuar con la actual organización municipal, incompatible con las modernas conquistas y con las costumbres, ni con la provincial perfectamente inútil, sirviendo sólo, como los Ayuntamientos, de nido á politicistas más dañinos á los pueblos, que la cizaña al trigo; cómo, por último, pues no es posible citarlo todo, dejar subsistente tanto cuerpo consultivo, negación de la actividad que debe caracterizar á la administración, ni ese inmenso caos que se llama legislación administrativa, que por lo abundante y contradictoria, esteriliza toda gestión y desespara al público?

Imposible, pues, toda reforma que no sea radical, que no lleve la sencillez y la actividad á los organismos, que no se funde en la apariencia y en el carácter nacional, que no sea respetuosa con el derecho y protectora con el administrador, y, sobre todo, que en vez de basarse en la fiscalización y en la desconfianza, parta de la confianza absoluta y de la responsabilidad más completa.

Por falta de estos preciosos elementos han resultado estériles hasta hoy los esfuerzos de nuestros estadistas más ilustres. ¿Debemos seguir en el error para que se inutilicen los estadistas del porvenir?

Afortunadamente la reforma vendrá, y vendrá completa, porque todo esto que yo indico, y vendrá, y algo más que dejo de decir, lo sabe perfectamente todo el mundo, y no lo ignoran los hombres que la opinión indica unánimemente para la regeneración de nuestra patria.

FRANCISCO PRIETO MERA.

**CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA.**

- Sanlúcar.—J. B. Meléndez.—Aténgase á la circular ó propóngase aumento proporcional. Se envía fuera de balija.
- Borriana.—T. E.—Queda suscripto.
- Morata de Tajuna.—B. D.—Ídem id.
- Badajoz.—A. E.—Ídem id.
- Marchena.—J. Morales.—Recibido 1,50 pesetas. En la circular verá la forma de hacer los pagos.
- Coruña.—L. Pérez.—Anotado y servido el aumento.
- Constantina.—J. S. A.—Queda suscripto.
- La Bañeza.—G. S. P.—Ídem id.
- Alcalá de Henares.—M. R.—Ídem id.
- Luarca.—J. J.—Ídem id.
- Jerez de la Frontera.—A. P.—Ídem id.
- Cabeza de Iruya.—E. G.—Ídem id.
- Pasaje.—L. S.—Ídem id.
- Ecija.—J. Reyes.—Anotado aumento. Conformes en lo demás.
- Ciudad Real.—F. Huertas.—Anotado y servido.
- Yerba.—M. Prieto.—Ídem id.
- Sanlúcar.—M. Márquez.—Anotado y servido el aumento que solicita.

- Fedala.—M. A.—Queda suscripto.
- Perpignan.—J. Melián.—Anotado y enviado aumento.
- Sanlúcar.—L. Gutiérrez.—No podemos conceder la exclusiva con ese pedido porque hay otro en la localidad que lleva el doble número de ejemplares. Haga un pedido razonable y podremos entenderlo.
- Baza.—J. P. Requena.—No son admisibles sus explicaciones. Usted no tiene derecho á regalar lo ajeno. Se le anota por lo tanto en cuenta todo el enviado.
- Ronda.—J. de Lara.—Anotado y servido aumento que desea.
- Gijón.—C. Díaz.—Ídem id.
- San Felix de Guisela.—J. Viesu.—Muchas gracias por sus buenos servicios. Quedan suscritos usted, D. N., D. J. y D. S. P.
- San Vicente de Alcántara.—J. D.—Queda suscripto.
- Yalis.—D. Ventosa.—Servido el pedido que se le anota en cuenta. Conformes con lo que desea.
- Astoria.—J. D.—Queda suscripto.
- Sanlúcar de Barrameda.—J. Morales.—Anotado aumento.

«Los señores Corresponsales que deseen recibir el servicio por los trenes mixtos ó fuera de balija, se servirán manifestarlo así á la Administración.»

MADRID.—IMPRESA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.

**Para la venta y publicidad en París dirigirse al BOULEVARD BEAUMARCHAIS, núm. 5**

**VIDA NUEVA**  
PERIÓDICO INDEPENDIENTE

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

**REDACTORES**

Blasco (Eusebio), Blasco Ibañez (Vicente), Cavia (Mariano), Fernández Villegas (Zeda) (Francisco), Jurado de la Parra (José), Liuria (Enrique), Nakens (José), Paris (Luis), Pérez Galdós (Benito), Picón (Jacinto O.), Sellés (Eugenio), Soriano (Rodrigo), Trigo (Felipe), Verdes Montenegro (José).

**COLABORADORES**

Aguilera y Arjona (Alberto), Alas (Leopoldo), Alcaide de Zafra (Joaquín), Alzola (Pablo), Arnedo (Luis) (Luigi), Arpe (Celestino), Arpe (O. J.), Asa (Vital), Barrantes (Pedro), Bernete (Aureliano), Blasco (Ricardo), Bueno (Manuel), Cabezas (Eustaquio), Cadenas (José Juan), Calderón (Alfredo), Campión (Arturo), Canals (Salvador), Carmona y Millán (Luis), Carrasco (José), Castellar (Emilio), Castarín (Ricardo), Colorado (Vicente), Corugedo (Emilio), Costa (Joaquín), Costada (Alejandro), Cuellar (José), Dicenta (Joaquín), Dorado (Pedro), Echegaray (José), Echegaray (Miguel), Feijó (Alfredo), Fernández Shaw (Carlos), Ferrari (Emilio), Franco Rodríguez (José), Fuente (Ricardo), Funes (Enrique), Gabaldón (Luis), Gener (Pompeyo), Gil (Ricardo), Gil (Rodolfo), Gómez Baquero (Eduardo), González Serrano (Urban), Herrero (José J.), Icaza (Francisco), Iglesias (J.), Iglesias (Pablo), Iglesias (Santiago), Jordá (J. de), Laserna (José), Limendoux (Félix), López Silva (José), López del Castillo (José), Lustonó (Eduardo), Maestro (Tomás), Maestro (Ramiro), Maragall (J.), Melero Betegón (Enrique), Méndez (Félix), Menéndez Pelayo (Marcelino), Miranda (David), Moroto (Luis), Moya (Miguel), Muñedo (Manuel), Navarro Ledesma (Francisco), Núñez de Aros (Gaspar), Ortega Manilla (José), Palacios (Manuel del), Perés (Ranón de), Pérez (Dionisio), Pérez (Darío), Pérez Lorba (J.), Pérez y González (Felipe), Pérez Rojas (Sixto), Prieto Mera (Francisco), Ramos Carrón (Miguel), Reina (Manuel), Ribagorza (Conde de), Roure (José de), Royo y Villanova (Luis), Royo Villanova (Ricardo), Rueda (Salvador), Rusiñol (Santiago), Sabau (Pedro), Sala (Emilio), Salillas (Rafael), Sánchez Guerra (José), Serrano de la Pedrosa (Francisco), Solsona (Conrado), Soria (Arturo), Stor (Angel), Terán (Luis), Thebussem (Doctor), Torrijos (Antonio), Unamuno (Miguel), Urales (Federico), Utrillo (Miguel), Valera (Juan), Varela Díaz (Aurelio), Vega (Ricardo de la), Verdegay (Eduardo), Vicenti (Alfredo), Vinaixa (L.), Zabonero (José), Zamacois (Eduardo).

**PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN**

Extranjero (Unión Postal), año.....	10 francos.
En Madrid y provincias, trimestre.....	1,50 pesetas.
Mano de 25 ejemplares.....	1,50 »
Número atrasado.....	0,25 »

**PAGOS ANTICIPADOS**

Número suelto, 10 céntimos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: SAN AGUSTÍN, 10

**ANUNCIOS TELEGRÁFICOS**

Admitimos en esta sección anuncios telegráficos á los siguientes precios, por cada inserción y sin ningún género de descuentos:

Por un anuncio de una á 15 palabras, una peseta. Por cada palabra más, veinte céntimos. Las abreviaturas se cuentan como una palabra, y toda cantidad numérica que exceda de cinco cifras, por dos palabras.

Al importe de cada anuncio deberá añadirse 10 céntimos de peseta por el impuesto del Estado.

Los que quieran publicar en VIDA NUEVA un anuncio telegráfico remitirán el texto á la Administración, San Agustín, 10, acompañando su importe en metálico, sellos de correos, libranzas ó letras de fácil cobro con ocho días de anticipación á la fecha en que deba ser publicado.

**N. B.** Esta clase de anuncios es la más barata de todos los periódicos semanales de España

**Vida Nueva**

tira semanalmente 40.000 ejemplares.

**LEA SE.** La Administración del periódico independiente VIDA NUEVA ruega á todos los que remitan Anuncios telegráficos, se sirvan acompañar las señas de su domicilio á fin de poderles avisar si hubiere algún inconveniente para su publicación. Los que no vean inserto el anuncio que hayan remitido, pueden pasar á recoger su importe en la Administración de VIDA NUEVA, San Agustín, 10, Madrid.

**V. Z.** No temas nada. Está todo arreglado. Avísame, me, pues, día y hora. Entre tanto, si M. te viera, dímele por este mismo conducto.—Juan.

**PIOLINA CHAPOTEAUT.** Emagogo delicado. Útilísimo á las señoras. La salud de las hermosas. París, 8, Rue Vivienne y en todas las farmacias del mundo.

**GRAND HOTEL**

Calle de San Vicente, esquina á la plaza de la Reina (VALENCIA)  
Este elegante y confortable establecimiento es continuación de la Fonda de España y está dirigido por M. José Casalbou, antiguo gerente de la citada fonda.  
A pesar de las circunstancias anormales por que atraviesa el país, en el Grand Hotel rigen los mismos precios que regian en el de España.

**La agencia «Foreign Press Office»**

se encarga gratis de la compra de mercancías de Francia; representación y referencias en toda clase de asuntos financieros, litigiosos ú otros. Escribir al Director

Boulevard Beaumarchais, 5, PARIS

**DESTILERIA Á VAPOR**

PARA LA FABRICACIÓN DE COGNACS, ANISADOS, GINEBRA Y LICORES DE TODAS CLASES

**GRANDES BODEGAS**

DE ADOLFO DE TORRES Y HERMANO MÁLAGA

Exportadores en GRAN ESCALA de pasas, higos, limones, uvas y toda clase de frutos secos y verdes del país

SUCURSAL EN MANZANARES (PROVINCIA DE CIUDAD REAL)  
FÁBRICA DE ALCOHOLES VINÍCOLOS LLAMADA

**LA PERSEVERANCIA**  
CALLE DE LAS MONJAS

ella bajaron a acompañar al maestro que tanto las amó.

Sabe usted muy bien, amigo Soriano, que todo aquel que no conoce los dibujos y los estudios de Haes, no conoce a Haes. Salvo alguno que otro, muy pocas veces, que andan por ahí, al maestro se le conoce generalmente por sus cuadros; éstos son magníficos, vulgarmente se le llaman cuadros de Haes, y a él se le llama el maestro de Haes, pero han sido conficionados la mayor parte en una época en que el paisaje se le pedía algo de romanticismo, pequeña reminiscencia de lo que antes se hacía y de aquí los cuadros de composición: claro es que tratándose de un talento superior y de unos estudios tan prodigiosos, los cuadros eran preciosos; pero D. Carlos se adelantó desde un principio a su tiempo, preveía el naturalismo bien entendido, y hacia él se le ve marchar, sin dudas ni vacilaciones; fué desprendiéndose poco a poco de convencionalismos e inutilidades, para venir a quedar en la justa, en la maravillosa manera de interpretar el natural, que revelan sus estudios realistas, como no se pinta hoy, y cuenta que muchos de ellos tienen más de veinte años de fecha.

Varios pintores en uno sólo, procedimientos opuestos, distintos. Holanda al lado de Málaga, la Liehena, Inglaterra, Asturias, Valencia, Botscha, Alicante, el Pardo, Toledo, Londres, el Mediterráneo con el Cantábrico... todo es un trozo soberbio del natural, visto como sólo él veía, pintado, de un modo fácilmente difícil, desahogado; un terrazo, un árbol, están ejecutados de mil maneras distintas; todo le sirve, el pincel, la cuchilla, el dedo, el palo del pincel... y siempre fresco, siempre jugoso, justo, amplio, seguro y distinguido, con esa distinción que sólo da el verdadero espíritu del pincel; allí prodigiosos de luz, aire y medias tintas delicadísimas... ¡qué será de todo esto! nos respetamos.

Nada más fácil, ni mejor para el arte. Escogiese una buena colección de estudios, sólo estudios y dibujos. Haga el Estado un hueco en el Museo Nacional de Pinturas y queda instalada una sala que bien pudiera llamarse «do Haes», del mismo modo que Pelizai, otro pintor notable, aunque no a la altura de D. Carlos, la tiene en Italia.

No es fácil concebir hasta dónde llegaría el beneficio, el adelanto, la dirección y las consecuencias todas que para el pintor de paisaje supondría la realización de este proyecto. La exposición al público de los estudios y dibujos citados serían una revelación y un asombro para todo el mundo; sería decisiva y para los que pintan serían obras de una importancia que se hallan resueltos todos los problemas de la pintura de paisaje y marinas, en todas sus manifestaciones.

Siendo el maestro una celebridad en el arte dentro y fuera de España, habiendo sido él quien creó el paisaje español, es indudable que el Estado está obligado a algo, que puede traducirse en lo que deseamos. La familia y testamentarios de D. Carlos, es seguro no opondrán el menor obstáculo a una obra que perpetúa más y más la fama de un genio, y si todas las voluntades se unen, con un arte como Pradilla en la dirección del Museo, un proyecto será un hecho, y el arte compensado de la pérdida que acaba de sufrir.

Desearnos que se realice el proyecto junto con el maestro que Alvarez y Querol esculpirán con noble desinterés, con la lápida conmemorativa que se pondrá en la casa en que murió el maestro. Moreno Carbonero nos dice desde Málaga que se ha iniciado allí el proyecto de poner el nombre de Haes a una calle de aquella ciudad, donde D. Carlos pasó sus primeros años. Todo, todo en fin, sea para mayor gloria del imitabile pintor y amigo adorado de todos que se llamó Carlos de Haes.

Su buen amigo, José de Casenave.

HERMOSO FINAL

En la última sesión del Senado, la docuente palabra del Sr. Fernando González, ha juzgado la situación actual y expuesto sus causas, con la serenidad y dignidad que el Parlamento, y con la entera propiedad del carácter varonil y austero del respetable hombre público.

«El haberse colocado los naturales de la isla de Luzón en contra nuestra, ha dicho el senador autonomista, no nace de los hechos ni del tiempo del general Primo de Rivera, sino que nace de los hechos y del tiempo del general Polavieja; y así como creo esto, creo también que el no haber entendido los insurrectos vobis con nosotros, no nace del general Martínez Campos, sino del general Weyler.»

La respetabilidad del Sr. González, la autoridad que presta a sus palabras su alta representación moral, dan a estas frases una importancia tan grande que el país debe fijarse en ellas y meditarlas, por lo que pueden contribuir a esclarecer las causas de la situación tristísima que en Cuba y Filipinas ha llegado a producirse.

El Sr. Fernando González merece bien del país por haber dejado a un lado los convencionalismos parlamentarios y hablado con sinceridad. Así debía esperarse de la entereza de su carácter y de la rectitud de su juicio, y ha respondido a su historia el digno representante del autonomismo en el Senado.

Tiros

Del Herald: El presidente Mac-Kinley ha enviado a uno de sus secretarios a casa del millonario Hamilton Fish, muerto por las balas españolas en la acción de Jarruga y una de las personas más conocidas entre la aristocracia del dinero.

De un periódico español de sport: «El duque de X... descendiente de una de las más ilustres familias españolas ha ganado el primer premio en el concurso de tiro de pichón de...»

¡Maldita raza!

«Amos los unos a los otros.» JAVIA.

¡Sí!... ¡Maldita una y mil veces la imbécil raza de los hombres!

Sabias son las religiones todas pintándonos el mundo como lugar siniestro, y sabio fué Jesús al presentir las futuras luchas humanas, gritando agonizante: «¡jamaos los unos a los otros.» Y este hermoso grito, lanzado desde Judea, debió resonar en todos los ámbitos del mundo. Sin duda, el eco se perdió y los hombres continuaron aferrándose a la funesta idea de patria. ¿Cómo si lógicamente pudiera pensarse de distinto modo, desde cada lado del mismo monte!

Si; el chiquillo que rompe a otro la cabeza de una pedrada, sólo por el hecho de vivir en distinto barrio, como el que cree en la superioridad absoluta de la aldea en que vivió la luz; el que mata defendiendo su provincia, como el que por su posición, conduce a las naciones a la guerra, todos son igualmente funestos para la humanidad y todos llevarán sobre la frente, la maldición de Dios y de los hombres.

«Cuatro mil años de vida miserable!... ¡Siglos enteros de horribles sacrificios en aras de la ciencia y todo para llegar a esto!

¡Sí!... ¡Vosotros los que sangráis el mundo lanzando a la lucha millones de seres llenos de juventud y de savia, hijos en la inmensa responsabilidad que contraéis ante la historia!

¡Pijós en que Malthus no estaría hoy en lo cierto predicando la conveniencia de la guerra como niveladora de la humanidad! Fenómenos fisiológicos que no son del caso, demuestran que

la raza humana empieza a decrecer en los países cultos, y no es la mejor ocasión para arrastrar a la juventud a una muerte segura.

Y si queréis que las generaciones de mañana bendigan vuestro nombre, fundid esas horribles máquinas de guerra, para fabricar aperos de labranza!... ¡Licenciad esos enormes ejércitos, ruina del mundo, dando con ello infinitos brazos a la agricultura, y habréis cumplido la sabia máxima del gran filósofo de Jerusalem: «¡jamaos los unos a los otros!»

Y estád seguros de que si no lo hacéis, los que hoy se alimentan a los pechos de vuestras mujeres, gritarán mañana con toda la fuerza de sus destruidos pulmones:

¡Maldita generación la de nuestros padres!... ¡Sí!... ¡Una y mil veces maldita sea!

AURELIO VARELA.

LA LISTA GRANDE

Periódicos socialistas, periódicos republicanos, periódicos liberales, el órgano de los obreros ayer, el Herald anteaer, todos piden a Eusebio Blasco la lista de los ricos que no han dado todavía nada para la suscripción nacional.

La lista está preparada. Eusebio Blasco dará primero la de los que han respondido al llamamiento de la patria; porque hay que ser justos y reconocer el patriotismo de los que lo tienen.

Después publicará la inmensa lista de los que tienen por lo menos cinco, seis, diez mil duros de renta, y no han dado nada.

Hay que tener el valor de crearse enemigos, pero es menester que el pueblo sacrificado, esquilmo, esclavo de su deber en estos tiempos de guerra, conozca los nombres de los que hablan de patria y no dan un céntimo para ella.

En todo el mes de Julio quedará eso hecho y caiga el que caiga.

LA ARISTOCRACIA ANTE LA GUERRA

Por allí, por donde el sol se oculta, el estampido del cañón mantiene incólume el honor de España, y mientras nuestros hermanos derraman allí su sangre, aquí en la patria querida todos ansiamos ayudarles... pero quizá no hacemos cuanto podemos. La aristocracia española, siempre en circunstancias como ésta, ha sabido ocupar su puesto.

Hay en España una Junta de la Grandeza; un cuerpo Colegiado de Nobles; cuatro órdenes militares: Calatrava, Alcántara, Santiago y Montesa; cinco Maestranzas de caballería: Ronda, Sevilla, Granada, Valencia y Zaragoza; y, por fin, una guía de forasteros llena de duques, condes, marqueses, vizcondes y barones.

Todas esas corporaciones visten honrosos uniformes de los que penden espadas. ¿Es que esas espadas son tan sólo un adorno?...

¿Es que los que las llevan no se sienten con ánimos bastante para esgrimirles?...

No y mil veces no; si tal creyera, renegaría de haber nacido y pertenecer a una clase formada por individuos que, en ese caso, serían indignos de ostentar el nombre de españoles.

La aristocracia en España viene siendo combatida desde hace mucho tiempo por un grave error de sus enemigos; en la que se llama de la sangre, la que tiene su origen en la tradición, existe lo que algunos han llamado orgullo, que no es sino dignidad. Nuestras casas han sido derruidas por la desvinculación y minadas por la usura y tal vez el descuido de nuestros mayores; y hoy los que llevan un apellido ilustre, temen no poder corresponder por falta de recursos a lo mucho que su nombre les obliga, y esa, y no otra, es la causa de su silencio y la razón sin duda de la falta de iniciativa, y ese es el error que yo quiero desvanecer.

Somos pobres la mayoría, sí; pero el dinero es tan sólo un auxiliar para la guerra.

Si se extiende la mano en nuestros archivos, al coger cualquiera de los pergaminos que constituyen nuestras riquezas y hasta nuestros nombres, veremos que la mayor parte tienen su origen en una concesión hecha por un acto de heroísmo de nuestros antepasados, tan pobres ó más que nosotros; si nos fijamos en los escudos de nuestras casas veremos casi siempre un cuartel sobre rojo que nos recuerda, con el simbólico lenguaje de la heráldica, aquellos que no titubearon ni un momento en dar su sangre por la patria.

Pues bien; imitemos a los que nos dieron el ejemplo y fundaron nuestras familias; demos, pues, como ellos, nuestras vidas, y los que en sus archivos, a falta de pergaminos, tienen títulos de propiedad, apronten su dinero, y, unidos como hermanos, sacrifiquémonos por España que es nuestra madre querida a quien se ha ultrajado inicuamente.

Constitúyase una Junta suprema con las corporaciones citadas que aporte contingentes de hombres y caballos que unidos al ejército, formen un cuerpo de desembarco en los Estados-Unidos, y vamos allá; que, si no venceríamos, que si vendiéramos, tendríamos cuando menos el consuelo de que las generaciones venideras puedan decir que la nobleza española supo morir con la misma gloria con que nació.

Salgan ya, y tremolen al viento los estandartes y enseñas de familias tan ilustres como Medinaceli, Alba, la casa de Aragón, los Alvarez de Toledo y tantas otras de tan gloriosas tradiciones; y agrupadas en derredor de la bandera nacional, emblema del pueblo que es el padre de la nobleza española, vayamos a ese trozo de tierra, guardada de criminales soeces, entregando su territorio a nuestros hermanos de Méjico.

Si, marchemos ya; desechad todo temor, que los que tenemos la dicha de descender de aquellos que pelearon 700 años por su independencia con Pelayo y el Cid, que después con Gonzalo de Córdoba y con el duque de Alba formaron aquellos famosos tercios de Infantería Española admiración del mundo, y que con el marqués de la Romana, Palafox y tantos otros supieron detener la marcha triunfal de los invencibles ejércitos de Napoleón, hoy no podemos estar ociosos.

Escribamos nuevas páginas de gloria en nuestra Historia y no olvidemos que a los que en la Reconquista supimos humillar la media luna y en la batalla de Otumba pusimos bajo nuestra planta el sol de los Aztecas, hoy nos ha de ser mucho más fácil borrar de una bandera unas cuantas estrellas que, más propias que de un pabellón nacional, lo son de la túnica de un mago de guardacostas...

LUIS DE LA CERDA, Conde de Riquelme.

La Illustration francesa inserta un curioso dibujo que publicaríamos de buena gana y serviría de adorno al valiente artículo del señor conde de Ribagorza, si VIDA NUEVA no hubiese declarado la guerra a los montes, sean éstos de la clase que sean.

Figuran en el tal dibujo los señoritos más ricos y distinguidos de New York en actitud de coger— como vulgarmente se dice—el chopo, esto es, de hacer maniobras militares. Estos señoritos patriotas, entre los cuales figura nada menos que el hijo del archimillonario Sr. de Vanderbilt, formarán un batallón que ha de guerrear con los españoles. Los señoritos soldados, según aparecen en la fotografía, van vestidos de riguroso traje de dandy.

¡A ellos! Es decir, ¡a coger al hijo de Vanderbilt!

Tranquicémonos. Según referencias que tenemos, se está reclutando ya un batallón parecido en Madrid. En él formarán como soldados rasos descendientes de ilustres generales, degraciadamente muertos ante el enemigo en nuestras contiendas civiles.

La escuadra en el canal

A propósito de haber efectuado su paso por el canal de Suez el acorazado inglés Victorious, da los siguientes detalles La Admiralty and Horse Guards Gazette.

Este barco tiene 14.000 toneladas de desplazamiento y 24 pies de calado, siendo, por consiguiente, el de mayores dimensiones que hasta el día ha efectuado dicho paso. El mayor que había franqueado el canal, tenía sólo 6.900 toneladas y calaba 22 pies.

Por lo visto, Inglaterra, a fin de que sus buques abrevien el derrotero para las Indias, ha escogido este paso con preferencia al cabo de Buena Esperanza; pero según los datos adquiridos, el Victorious, a su salida de Port-Said, estuvo bastante tiempo embarrancado en la arena. (Militär-Weekblatt, 14 de Mayo).

En el Ministerio de Marina, debían tomar nota de las anteriores líneas, antes de haber de las dificultades que ha ofrecido el paso del Pelayo.

Inteligencias lógicas, e inteligencias falsas

Para los momentos de confusión moral y mental en que vivimos sería muy conveniente que nuestros políticos y publicistas leyesen una obra de Paulhan, *Esprits logiques et esprits faux*, que lo tuvieran en cuenta al emitir ciertas opiniones y verían lo arbitrario que es el calificar a tal ó cual personaje, cuando la calificación no es más que una etiqueta, que está en completa discordancia con sus actos, que constituye a veces una doble y triple personalidad, lo que ha estudiado también Ribot con el nombre de *Maladies de la personnalité*.

Véase lo que dice Paulhan en la obra citada. Las inteligencias falsas no pueden razonar coherentemente y una fuerza constante. Su criterio no es lógico, sino que es un simple instinto y a veces erróneo. Tienen actividad intelectual, y la obligación de adaptarse a condiciones de existencias diversas u oportunistas no les impide ensayar, de sistemática su conocimientos y sus ideas. Su actividad intelectual se ejerce con vivacidad, pero una especie de vicio innato les desvia constantemente, impidiendo el equilibrio mental.

Es lo mejor que puede decirse de ciertos caracteres, pues haciéndolos entrar en el determinismo, conservan al menos la sinceridad.

Para dirigir la política se necesitan inteligencias lógicas, porque estas al menos se sabe a don de van.

El vulgo y la guerra

Tan descarriada anda la opinión pública al juzgar los sucesos de la guerra, tan deprimida se muestra a veces, sin aquilatar la importancia de los hechos, que conviene rectificar erróneas creencias, equivocados conceptos y nerviosidades exageradas. En todo tiempo es esto un mal, pero en las sociedades modernas, donde la opinión adquiere un empuje tal que reacciona sobre los gobiernos y pesa sobre los encargados de dirigir la guerra, aquel se agrava; y al perder el juicio en la adversidad se corre riesgo de perderlo todo. Cuando parcialidades y banderías de diversas tendencias se atreven a explotar, exagerándolas, desventuras de la patria, soñando con asentar sobre desdichas nacionales el triunfo de su causa ó la satisfacción de sus apetitos, sería altamente beneficioso que el vulgo—y en esto de la guerra son vulgo la mayoría de las gentes ilustradas—mirara con más serenidad lo que a la guerra respecta.

Es la opinión elemento de fuerza con que debe contarse para emprenderla; cuando se muestra robusta é ilustrada, es factor de decisiva influencia para ajustar la paz; pero en el desarrollo de las operaciones su acción suele ser tremendamente perturbadora, engendrando con frecuencia grandes desastres.

Para hacer la guerra es indispensable tener un plan que no ha de entregarse a la publicidad para satisfacer insanas curiosidades de los muchedumbres, que no ha de revelarse para constatar a cargos que enemigos políticos formulen, pues la base del éxito es la reserva. Este plan no puede juzgarse por hechos aislados, ni debe abandonarse por incidencias ó contratiempos exageradamente apreciados.

Cuando quien lo concibió tenga conciencia perfecta de su valer y energías no comunes, poco importa que la opinión pública se vaya por los cerros de Ubeda y chillé y alborote, pues el que dirija la guerra hará oídos de mercader y, sonriéndose, proseguirá imperterritus su marcha seguro de que al fin, cuando se vea que él era el solo que tenía razón, todo el mundo reconocerá que aquel hombre era un genio. Pero la mayor parte de las guerras no son dirigidas por hombres de esta clase, sino por quienes, teniendo energías y perspicacia muy comunes, eligen buenamente lo que a ellos les parece más conveniente, dadas las circunstancias. No hay que olvidar que abrumados por la responsabilidad no pueden ser indiferentes al clamoreo

de la censura y la crítica ruidosas y violentas que conmueven sus convicciones, haciéndoles dar hoy un traspás y mañana un tropiezo. Ésta es la triste situación de las medianías, que ante un parecer fundado en la exageración de un contratiempo, ante un movimiento aconsejado por una masa grande, ya que no respetable, de opinión, proceden como el médico que, sin sistema, emplea contradictorios procedimientos sugeridos por síntomas sucesivos. Llegan así a perder la cabeza, abandonan un plan que, si acaso no era muy bueno, había sido por lo menos meditado y preparado, para entregarse a los que hace nacer la impresionabilidad y la imperfecta apreciación de hechos mal conocidos, llegando, por último, a no llevar nada a cabo con la decisión que el éxito requiere, que es lo que conduce el atender a una voz pública que casi siempre yerra. La voz pública empuja una escuadra de Cabo Verde a Las Antillas y a los tres días querría que navegara hacia Filipinas; hoy quiere que a la carrera zarpen los buques que estén dispuestos, sea cualquiera su número, y mañana censura la división de fuerzas; pide ahora que la escuadra de Cámara marche a Filipinas, y acaso se alborote dentro de quince días porque no defiende nuestras costas de la flota enemiga.

No cabe duda de que, aunque se ha incurrido en ligerezas, errores y torpezas, sólo imputables a los que mandan, a éstas se suman las cometidas a impulsos de una opinión tan chillona y violenta, que sólo la resistirían quienes tuvieran la tranquilidad que da la confianza en el triunfo, y ésta no la logran sino los hombres excepcionales.

Vamos desgraciadamente por muy malos caminos: de una parte un indiferentismo desconsolador que se manifestó a raíz del verdadero desastre que la imprevisión de muchos años y el descuido y la impericia de un día nos proporcionaron en Cavite; una indiferencia que no parece ser aquel no importa de otros tiempos con que el vencido templaba su espíritu para seguir luchando, sino un egoísta que se me da a mí muy fin de siglo, que no se preocupa sino de defender la personal comodidad y de evitarse trastornos y molestias. Al propio tiempo, y por extraño contraste, adviértese inmoderado afán de dar proporciones terroríficas a todo, de pintar hechos lógicos é insignificantes con negros colores, anticipando sucesos desagradables, comentándolo todo como pudieran hacerlo nuestros adversarios.

Entre las demostraciones hechas por éstos frente a Santiago de Cuba, sólo una revistió carácter de seriedad. Tuvimos 5 ó 6 muertos y 30 ó 40 heridos, y la escuadra enemiga, sin apagar el fuego de nuestras baterías, tuvo que retirarse: un éxito, en suma, para nosotros. Nada decisivo, pues no suelen serlo empeños de esta índole, pero un hecho que pudiéramos darnos por contentos con que, a igual coste, se repitiera varias veces. Y, sin embargo, en los primeros momentos se tomó por muchos como un fracaso, porque habíamos sufrido treinta ó cuarenta bajas!...

¿Qué quiere decir esto? ¿Es que se cree que la guerra no cuesta sangre, ó es que hemos llegado a tal extremo de pusilanimidad que nos conmovemos por una pérdida como las que todos los ejércitos experimentan en insignificantes escaramuzas de avanzadas que ni siquiera se mencionan?

A seguir así, Dios sabe lo que ocurrirá si uno de esos días llega la noticia de haber sufrido cuatro ó seis mil bajas en una batalla en las cercanías de Santiago. Y cuenta que muy bien podemos tenerlas aún siendo vencedores. Desde el momento en que no se tienen enfrente partidas sino ejércitos, no hay que contar con pérdidas de 10 ni de 20 hombres, sino que por lo general se comprará la victoria a costa de millares de ellos. El pueblo que no lo comprenda no sirve para hacer la guerra, y por tanto preciso es que la opinión se persuada de ello, preciso que sepa lo que puede esperar, preciso que no derrochemos los adjetivos heroicos por hechos que no son sino el mero cumplimiento del deber, guardando tales calificativos para empresas más altas; preciso es demostrar mayor entereza de ánimo y más serenidad de juicio.

Con motivo del desembarco de Baiquirí se dicen y escriben cosas que, militarmente consideradas, son verdaderas herejías, llegando a apreciar el hecho como un desastre; se hacen tristes é ilógicos vaticinios por muchos de los que guían la opinión, y, como es natural, la opinión indocta se va tras sus mentores hablando de imprevisión é impericia.

Ni lo uno ni lo otro: no ha pasado nada más que lo que tenía que suceder. Los desembarcos no pueden impedirse sino con poderosas escuadras; de fallar este elemento las fuerzas de tierra jamás tienen eficacia para evitar que el enemigo pise la playa. Es natural: éste llega con sus fuerzas reunidas al punto que elige, llevando consigo todos los cañones de su flota, mientras que el defensor tiene sus tropas repartidas en la vigilancia de la costa. Concreta aquel los disparos de cien ó más bocas de fuego de gran calibre y alcance donde no hay un sólo elemento de defensa, donde él lo sumo acudirán en los primeros momentos unas cuantas compañías con algunas miserables piezas de montaña, penosamente transportadas con mil dificultades, en tanto que los barcos adversarios se mueven con toda facilidad. Cae sobre la tierra una lluvia de hierro que hace insostenibles las posiciones de la defensa y se realiza el desembarco sin que quede a aquella otro recurso que replegarse a otras donde no siendo fusilado a mansalva pueda esperar que las tropas extendidas por la costa se concentren sobre las más próximas al enemigo; y sin tener más misión que no perder de vista a éste y aprovecharse de las imprudencias que pueda cometer. Esto que en Cuba ha ocurrido habría sucedido a cualquier ejército en cualquier parte del mundo, si no era apoyado por una escuadra que balanceara la del adversario. Hacer otra cosa fuera una torpeza y un suicidio.

La verdadera lucha está empezando, los quebrantos y las pérdidas, que hasta hoy sólo fueron para nosotros, comienzan para nuestros enemigos. ¡Y ahora más que nunca nos aturden los agoreros con sus lamentaciones! A cada paso que nuestras tropas retroceden se piensa en un descalabro. Retrocediendo, alejando al asaltante de la protección de su escuadra hay que combatir allí; retrocediendo ha de pelarse, para que enterrados en el fango dejen los yankees acémilas y cañones, para que bajo un sol de fuego y abrasados por la sed, hagan hoy un esfuerzo y mañana otro; retrocediendo hay que debilitarlos por el alejamiento de su base, mientras nosotros nos robustecemos acercándonos a la nuestra y dando tiempo a la llegada de refuerzos; retrocediendo hay que buscar el lugar y el momento oportunos de arriesgar la batalla donde convenga, atendiendo más que a la conservación de posiciones y aun de poblacio-

nes, que sólo tienen el valor que el ejército les presta, a conservar éste en disposición de que no deje de ser temible para el que tiene enfrente.

Todo conspire en Cuba contra el invasor que no tiene hasta ahora auxilios más eficaces que la desconcertada opinión que aquí se agita temerosa y que parece se esfuerza en economizar pérdidas y allanar dificultades al enemigo.

Esta opinión constituye hoy gravísimo riesgo. El general que allí manda tendrá un plan que no podemos juzgar sin conocerlo, así como son absurdas las críticas que se formulan en la prensa por fallarles la base del conocimiento de la situación de fuerzas. Aquel plan puede verse perturbado y entorpecido por estas impremeditaciones, pues la opinión acaso influya sobre el Gobierno en términos que lo induzcan a precipitar al general, haciéndole variar de sistema; y quién sabe si acreando una catástrofe por buscar precipitadamente éxitos que pudieran llegar por sus pasos contados.

Es lo probable que Santiago de Cuba no sucumba en algunos meses, y que su conquista, si la realizan, cueste a los yankees muchos miles de hombres, pero en último extremo tener a Santiago no es más que empezar, pues quedan por delante 200 leguas de isla de Cuba defendidas por más de 100.000 españoles. Es probable que ante tal perspectiva no se mostrara la gran república tan exigente como lo sería ahora si los medrosos dictados de una opinión irreflexiva llegan a imponerse en España al patriotismo y a la razón, que ya que no pretendan victorias, aconsejan llevar al ánimo del enemigo el convencimiento de que la lucha le ha de ocasionar, si se prolonga, cueros sacrificios.

J. de E.

El mico de Cervera

Un periódico de Washington relata lo siguiente: Es bien sabido que el almirante Cervera, que manda ahora la misteriosa escuadra española que está causando tanta inquietud, fué en otra época attaché naval en Washington.

La duena de la casa en que vivió me ha narrado un incidente divertido del Sr. Cervera, quien tenía un mono blanco al cual cuidaba como a un favorito. Una señorita que habitaba también en la casa, le tomó mucho cariño al mono y le preguntó un día a Cervera si se lo llevaría. Cervera contestó sonriéndose: «La regalo a usted el mono si me da un beso a la hora del almuerzo y delante de todos los huéspedes.»

No pensó Cervera que el caso pasaría de allí, pero la señorita no le echó en saco roto. Al día siguiente, cuando el hoy almirante Cervera se presentó en el comedor, se sintió repentinamente rodeado por el cuello de dos brazos y recibió un beso atrozador en la mejilla. La señorita hablaba tomado la palabra y le daba lo que le pedía por el mono.

Cervera no tuvo más remedio que cumplir su palabra, regalándole el mono blanco. Y ahora nos regala él... mico que cuidadosamente reservaba.

NO PASA NADA

Se asegura, que afirma Don Germán que se va—si no sale Paigoverver—y si queda Gamazo en el Poder, Correa y Anoncio se nos van. De Filadelfia esperan con afán felices los carlistas. Desde ayer Aguilera, celoso del deber, vigila por la calle de Arlabán. En calma está la pública opinión. Primo y Camilo lograrán al fin que cante sus hazañas la nación. Y en tanto lucen ellos su fajín, un comodoro estrecha a Don Ramón y otro le da merengues a Angustín. J.

MINUTA

Los monárquicos de antaño y los de hogaño

Hubo en España, durante los primeros años de este siglo, monárquicos entusiastas y convencidos que, contra la traición de Carlos IV, salvaron la patria de las garras del conquistador.

Aquellos monárquicos, cien veces ilustres, llamados por la historia los hombres de las Cortes de Cádiz, supieron armonizar la institución que ellos conceptuaban necesaria con la libertad, el progreso y el patriotismo.

Antes de aclamar al ingrato Fernando VII, declararon que la nación no es propiedad de individuo, ni de familia alguna, y que las colonias son hijas queridas y no esclavas de la metrópoli; sentaron las bases de la libertad política y de la igualdad civil y económica, y abolieron la Inquisición, no obstante su intrinseca religiosidad.

Primero gritaban: ¡Viva España! ¡Viva la libertad! Y después: ¡Viva Fernando VII! Aquellos hombres se llamaron Quintana, Argüelles, Muñoz-Torres, Ruiz de Padrón, Martín de los Heros, etc., etc.

Hoy ya es otra cosa. Para los monárquicos de hoy, no obstante haber contribuido en otro tiempo a la revolución que nos libró de la raza española y otras lindezas con que la adornaron en su bochornosa caída, el rey es lo primero, el rey lo es todo. La nación y la libertad son poca cosa; el presupuesto y el reclamo. Primero gritan: ¡Viva el rey! Mucho después, como quien cumple un deber: ¡Viva España! Y por último: ¡Viva la libertad!, cuando es preciso.

Bien es verdad, que estos monárquicos apenas si tienen nombre propio.

A. AGUILERA Y ARJONA.

¡VIVE!

Nuestra noticia relativa a la intervención de Campoamor en el salvamento de Castelar sigue siendo objeto de rectificaciones parciales por parte de la prensa, obstinada en atender más a la letra que al espíritu y en no perdonarnos siquiera las figuras retróicas, que son para todos bienes de aprovechamiento común.

¿Es la primera vez que fantasea un reporter en aquello que es completamente accidental?

Basta con que el hecho fundamental sea cierto, y el de que se trata están cansados de oírse al ilustre poeta cuantos con él hablaban, no ahora, sino hace mucho tiempo. Hay que dejar, pues, a

ya saboreado por los chinos en una primera infusión. Otro tanto podríamos decir de las ideas. Llegamos después de haber dado lo más exquisito de su esencia a las civilizaciones en que nacieron; cuando desprovistas de jugo son ya un producto inerte que perjudicaría a la misma vida intelectual de la nación que las produjo, si continuaran en circulación. Casi todas esas pobres ideas podrían contar su historia en los términos que lo hace en la novela de Daudet la vieja diligencia de Tarascon, deportada a Argelia al establecerse en Francia el servicio de ferrocarriles.

No es extraño que viejas y achacosas, perdida ya su juventud y su frescura, lleguen a España las ideas de otras civilizaciones, porque se pasan lo mejor de su vida esperando en la frontera que las permitan el paso. España es un país reaccionario por temperamento. El modo de ser de este pueblo, lo que llamamos *Shakespeare su mind construction*, es eminentemente misonista. Formamos una especie de manigua intelectual, en la que no hay idea nueva que se aventure. Las águilas de Bonaparte que atravesaron Europa victoriosas, abatieron su vuelo ante el león hispano, según la metáfora cursi del chauvinismo que por ahí se estila. Algo así les sucede a las ideas: también abate su vuelo, sino ante el león de marras, ante el perro que para garantizar la tranquilidad de su sueño tiene aquí dispuesto el espíritu nacional.

En todo rigor, cómo ha de ser grande la importación de ideas en España, si tardan tanto en atravesar la frontera? Marchitas ya, decrepitas, cuando llegan a nosotros, ¿qué apetoito son capaces de inspirar? Pero no hemos de repetir la consabida paradoja de Larra. El hecho es que en este nuestro país aplicamos a toda producción intelectual extranjera la primera columna del arancel, y que en este respecto, todas las naciones tienen en nuestras aduanas literarias el trato de nación menos favorecida. Este proteccionismo tendería a desarrollar en España la industria de las ideas, pero sus resultados hasta ahora han sido hacer patrimonio la cultura de una reducida aristocracia. Potentados ó porcionistas. Media docena de Rostchids del saber y una inmensa masa de proletariado científico. En este respecto vivimos en pleno régimen capitalista. La pequeña industria, el pequeño comercio intelectual, carece de importancia: la pequeña propiedad privada apenas existe. El feudalismo despierta en los de arriba menoscabo hacia los de abajo, y en éstos odio a los de arriba. La aristocracia y el pueblo intelectual viven divorciados, y habrá necesidad de decirlo: el número se impone.

Urge, si la vida científica se ha de desarrollar en España con el vigor que interesa, atraer a la legalidad intelectual una multitud de gente que vive fuera de ella, siéndole extraña y algunas veces hostil. Mientras la alta especulación científica sea patrimonio de tres ó cuatro, no gozará de esa tranquilidad bienhechora que produce para el desarrollo de los intereses económicos de un pueblo la desamortización, la supresión de manos muertas, la división de la propiedad. Es preciso que todos contribuyan a elevar el nivel de la cultura general, y que aquellos que viven de profesiones liberales, en vez de limitarse a pensar lo absolutamente necesario para ejercer su profesión, hagan cuanto de honor emplear parte de su actividad en contribuir al progreso científico de la patria.

José VERDES MONTENEGRO.

## Salmerón, coronel

Ya lo han visto ustedes. Brien, el aspirante a candidato de presidente de la República yanqui, ha sentado plaza de coronel; y como tal y vestido de uniforme, «ha visto la luz» en varios periódicos ilustrados.

¡Gran prueba de patriotismo! Los ex-presidentes de la República española, movidos por generosos y patrióticos impulsos, propiense imitar la conducta de Brien.

A ejemplo de varias sociedades aristocráticas y ricas de América que han formado un batallón de poderosos, ahucosos de disputar a las balas enemigas la puntería que recaban los ricos de New-York para sí de los españoles, parece ser que el Sr. Salmerón, hombre de virtudes y convicciones cívicas, sentará plaza de coronel voluntario de un momento a otro.

Y le seguirá el Sr. Pi y Margall, y el Sr. Castelar si se lo permiten sus achaques.

Ya están encargados los uniformes. Y los chaqués.

## Recuerdos

### El número 71

¿Quién es? ¿Qué significa? Verán ustedes. Hace cinco años, allá en 1893 y a las ocho de la mañana de un día de Abril (principio de folletín que corresponde al folletín que sigue), dos polizontes se presentaban en la Conserjería; un coche de alquiler esperaba a la puerta... La cosa fué cuestión de un momento; entregaron los papeles, las órdenes fueron firmadas; del libro de la prisión provisional se borró cierto nombre. Poco después un preso era entregado a los dos agentes. El coche se acercó a la entrada, subieron los tres hombres. El preso emocionado, apretó la mano del director de la cárcel y con lágrimas en los ojos dio las gracias por los cuidados que con él había tenido durante su corta estancia en la prisión.

A las nueve el coche que había atravesado rápidamente París entraba en la estación de Orleans. Vi yo al preso vestido elegantemente; esperó éste un rato, guardado por los dos agentes. Afectaba una calma tranquila, pero no podía ocultar sus pensamientos, pues su rostro estaba livido y temblor nervioso agitaba sus manos. Entre el barullo de coches, baules, campanillazos y silbidos pasaba inadvertido aquel pobre hombre que esperaba la salida del tren, en pie, apoyado en una puerta, y que llevaba por único equipaje una maletilla. Uno de los agentes, después de llenar las formalidades necesarias, volvió a recoger al preso, y los tres subieron a un coche de segunda que les estaba esperando.

Nadie se enteró del hecho salvo algunos periodistas que por allí curiosaban en busca de informaciones y notas. Dos minutos después sonaban timbres, voces, ruido de portezuelas, y el tren, lanzando estruendoso silbido, partía.

—¡Adiós París!— dicen que murmuró el preso lle-

nándosele los ojos de lágrimas.—¡Adiós París!, pudo repetir, mientras la ciudad, con sus cúpulas doradas y la torre Eiffel, á caballo sobre todas ellas, borrábase en la neblina azulada.

El preso, colocado entre los dos agentes cubiertos con negros capotones, no tardó en reponerse de la emoción. Habló con ellos de cosas indiferentes, de todo menos de política, de su suponer, y fumó cigarrillos...

A las diez y cuarenta entraba el tren en la estación de Étampes. Allí, mil curiosos, el director de la cárcel, el procurador, el prefecto, los gendarmes, la vergüenza, la exhibición teatral del preso.

El director de la cárcel apuntó un nombre en su libro. Un coche celular aguardaba, y cinco minutos después las pesadas puertas del presidio cerrábase detrás del preso.

Este sufrió entonces una impresión que Goncourt ha descrito en páginas conmovedoras; la pérdida de su apellido, el cambio de su nombre por un número, por un anillo más en la pesada cadena del presidio.

Entregado el nombre afrentoso a la puerta de la prisión, el condenado pasó a ocupar una celda ordinaria...

Al día siguiente el número 71 vestía el grosero traje del presidio. El núm. 71 era M. Bahut, ex-ministro de Obras públicas, víctima responsable del Panamá.

—¡Es horrible! ¡Es un folletín de Ponson du Terrail!— exclamó aterrado el lector.

Por algo decía el rey Juan II al bachiller Fernán Gomez de Cibulera en el momento de morir: —¡Bachiller, bachiller! ¡Mejor hubiera nacido menestral ó fraile del Abrojo que rey de Castilla!

Esto volvería a decir Juan II si viviera en países donde la responsabilidad de los ministros es verdad, donde los ministros condenados y presos, no son un folletín de Montepin, sus recalcados bienhechora, donde la justicia se cumple y los Rencambales políticos no escapan de la cárcel por obra de magia.

Rodrigo SORIANO.

## Actualidades... viejas

No han desaparecido aún ni la guerra, ni la esclavitud, ni el patibulo, ni el desafío, pero van declinando.

Se logró matar la esclavitud en América y se la combate en África. Han abolido algunas naciones el patibulo y no se trata aquí de levantarlo que no surjan protestas. Lo resisten bien que mal las ciudades; claman los pueblos porque se les libre de tan horrendo espectáculo. Ni se mira ya con buenos ojos al matador en duelo; se quiere los desafíos a primera sangre. Tardará todavía en morir la guerra, pero morirá. El arbitraje se impone. Pueblos poderosos lo han aceptado ya para la decisión de sus contiendas. Va por esta parte cuando tenemos la noticia de que el presidente de los Estados Unidos ha aceptado el arbitraje para la resolución de sus diferencias con México.

La mayor actividad de intereses y la mayor libertad de comunicaciones entre las más apartadas gentes. La Sociedad se va desprendiendo de las preocupaciones del Estado. El Estado atiende aún más al pundonor nacional que al trabajo, y la Sociedad más al trabajo que al pundonor. Deseos de resolver esta cuestión social, pugnan los jornaleros en todas partes por allanar las fronteras de los pueblos y aizan la voz contra todo conato de guerra.

F. PI Y MARGALL.

## La Academia y el Sufragio

¿Con quién reemplazará la Academia Española al autor de *Un drama nuevo*?

¿Volverá a las andadas? ¡Hará de las suyas? Probablemente: y el que quiera apostar algo bueno en el futuro *steepie chase* académico, debe decidirse por el candidato más desagradable para la opinión pública.

Podrá ser que el Sanhedrin de la lengua acierte en la elección; pero ha hecho recientemente algunas concesiones a la mayoría de las gentes cultas, y estas concesiones—tan dolorosas para el que se ve obligado a hacerlas como poco agradecidas por el que las obtiene en esa forma—hacen temer la inevitable reacción en el sentido que tanto complace a los académicos de oficio y tanto disgusta a las gentes que todavía tienen la candidez de disgustarse por cosas de tan poco momento.

Hablemos de ellas, no obstante, á falta de asuntos de mayor cuantía.

Cada tropiezo de la Academia de la Lengua—y hay largos períodos en su vida en que cada paso es un tropiezo—da origen al mismo clamoreo:

—¡Abajo la Academia! ¡Que se suprima la Academia! ¡No más académicos!

Como los que dicen en la cuarta plana de los periódicos:

—¡No más calvos!  
—¡No más chinchies!

Pero así como, á pesar de estas atrevidas negaciones de la razón independiente, no se concluyen las chinchies ni los calvos, tampoco se acaban los académicos, cuando la conciencia pública y el común sentir disponen en su obsequio la inevitable reprise del *sainete* ¿Fuerza!

Ellos siguen dentro; dentro del queso, como el ratón de la fábula. En lo cual hacen bien, por de pronto; y hacen mal, mirando al porvenir, porque el día menos pensado surge en el Ministerio de Fomento un Micifuz ó un Marramaquiz que se engulle el ratón y se apodera del queso, no sin pasarlo antes por el laboratorio municipal, para ver si es de recibo.

La necesidad de la Academia es indiscutible... porque no hay tal necesidad. Ahora, la conveniencia de que haya Academia, ya es otra cosa. Eso sí que se puede discutir; y si se me concede un turno en la discusión, desde luego afirmo que he de ser más generoso que el portugués del cuenco. Aunque no me saque del pozo, perdono la vida á la Academia.

Que viva, pues, la gallina, y no digo con su pepita, porque la pepita acaba por matar.

Toda institución que no se transforma y se renueva, perece.

Las instituciones que más interés y empeño tienen en parecer inmutables é intangibles, el Altar y el Trono, han delido obedecer esa ley. Solamente los depositarios del «saber oficial» [¡qué absurdo tan colosal se encierra en estas dos palabras!] se obstinan en tomar en serio, para su uso particular, el *Noli me tangere*.

Y esa es la pepita de la gallina académica. Si quiere la «docta Corporación» curarse de ella, no tiene más remedio que acudir á la farmacopea novisina y á sus últimos adelantos.

¿Por qué, en vez de elegir la Academia por sí misma á los académicos nuevos, no reconoce ese derecho á quien verdaderamente lo posee, á la opinión de las gentes cultas?

La idea de elegir los académicos por sufragio—dado que convenga seguir teniendo académicos—no es de mi propiedad exclusiva.

Expuso Augusto Vacquerie, poeta brillante, polemista elocuente y periodista respetadísimo, sendas razones que le impedían, á pesar de sus títulos, ser diputado, senador, ni académico.

Acercá de este último punto, decía el amigo íntimo de Victor Hugo á un periodista parisiense: —He combatido siempre á la Academia, porque no admito que una asamblea, cualquiera que sea, escriba y reclute sus miembros por sí misma, y atribuyéndose el gratuito privilegio de encerrar en su seno las personalidades más ilustres de Francia, pronuncie por cuenta propia el *dignus est intrare* en favor del candidato que elige ella misma, y en cuya elección median las intrigas, tapujos y trampanjitos antes que los méritos reales y efectivos.

Si así habló Vacquerie de la Academia francesa, ¿qué hubiera dicho de la Academia española?

La autoridad no se obtiene en nuestros tiempos por el *ego sum qui sum*, sino por la designación y el asentimiento de todos.

Todos, pues, deben señalar y escoger al que ha de representar la cultura general y la pública ilustración en su nivel más alto, si se quiere que esos áreopagos signifiquen algo en la vida moderna y dejen de ser lo que son hoy: cosa de cofradía y compadrazgo, cuando no de secta y monipodio.

Claro es que no se trata de una aplicación más del sufragio universal, sino del restringido. Tan restringido, que solamente ejercerían los individuos de los centros literarios y científicos, los ciudadanos con título académico, pero adscritos á un colegio ó corporación, y... los que ya lo ejercen ahora.

Pero, vamos, algo habría que conceder al resto de los humanos, y en su representación bien podrían votar (¡estremeciendo los académicos del montón) los alumnos de último año de las facultades universitarias y de las escuelas especiales.

Ni Castelar, ni Camposomar, ni Nuñez de Arce, ni Valera, ni Echegaray, ni Galdós, ni Selles, ni el propio Marcelino, recusaban semejante sistema de elección.

¡La tendrían tan segura!  
Cuanto á los otros, si el banemérito Romero Robledo los sacara adelante, ¿qué hoy los vale el diablo?

## Los tres 5-5-5

Desde anteayer, las Horas de oficina en todos los centros del Estado, son desecho á una.

Cinco horas. Esto, suponiendo que los empleados entren en las oficinas al dar las ocho, cosa dudosa, dadas las costumbres nocturnas de Madrid.

Puédes, por consiguiente, calcular en cuatro las horas de despacho para los asuntos administrativos.

Y á partir de la una de la tarde, todos los empleados á dormir la siesta y á pasarse, y hasta el día siguiente.

Hace años que los obreros piden la reducción del trabajo diario á ocho horas, y no hay ni diputados ni Gobiernos que accedan á esta justa reclamación del partido obrero.

Y durante todo el verano, mineros, maquinistas, fogoneros, tejedores, albañiles, braceros, todos los que han de sufrir los rigores de la estación, comenzarán á trabajar á las siete de la mañana, y acabarán á las siete de la tarde.

Y los diputados pasarán el verano en sus provincias sin hacer nada, y los empleados trabajarán de cuatro á cinco horas.

Todo esto va haciendo la entrada de mucha gente, y acabará como es lógico que acabe.

Y los Gobiernos conservadores y liberales, sin enterarse de estas cosas...

## La lepra frailuna

Por sostener la preponderancia de los frailes perderemos las Filipinas.

Hace algunos meses se sometieron los rebeldes tagalos con las condiciones de que España expulsaría á los frailes del Archipiélago como los expulsó de la Península en 1808, que el Estado se apoderaría de sus bienes efectuando una desamortización como la de Mendizábal, y las parroquias quedarían confiadas á los sacerdotes filipinos.

Nada de esto se ha cumplido. Aguinaldó podrá ser un tagalo sin instrucción, un Masaniello *amarillo*, un mono, todo lo que se quiera, pero no es él quien ha fallado al pacto de Biac-na-bat: los desleales á la palabra empeñada, los dignos de censura son los que, por no molestár á los frailes, han preferido provocar una nueva insurrección que cuesta la vida á muchos soldados españoles y acabará por la pérdida total de tan ricas posesiones que parecían las más seguras de nuestras colonias.

No es la revolución filipina un levantamiento antireligioso como quieren suponer los frailes que, mintiendo con cínicó impudor, dijeron no há mucho: «¡O los masones, ó nosotros!» Justamente el pueblo filipino es un pueblo infantil y devoto, dominado por el más irracional fanatismo, é incapaz de vivir alejado de su religión que tres siglos de omnipotencia teocrática le han metido hasta los tuétanos.

Si los filipinos odian al fraile no es por ver en él al sacerdote del catolicismo, sino al político dominador, al tiranuelo de monstruosos apetiitos que ha

procurado mantenerles en el envilecimiento haciendo estériles los esfuerzos más ó menos considerables de las autoridades laicas, por difundir en el Archipiélago la civilización europea.

Comenzó la insurrección como un simple levantamiento contra la dominación de los frailes, pero el régimen actual, que sólo es perseverante y tozudo para lo malo, se empeñó en sostenerles, y lo que se inició como movimiento local se ha convertido en revolución contra la patria.

¿Quién es el responsable? ¿A quién deberá España la pérdida de Filipinas, desgracia que cada momento parece más inevitable?

La responsabilidad es de los frailes, tiña nacional de la que aún no estamos limpios después de saludables matanzas y expulsiones purificadoras. La responsabilidad es de los poderes públicos que, sabiendo son las órdenes monásticas motivo de perturbación en el Archipiélago, las han mantenido á todo trance, sustentando latente la protesta de los indígenas, cuando la presencia de los yankees en la bahía de Manila hacía más necesario que nunca halagar al pueblo tagalo, elemento de cuya adhesión dependía el mantenimiento del poder de España.

Por sostener en Filipinas la rapacidad triunfante, el derecho de pernada y la comilona pantagruélica de centenares de brutos emancipados del arado y el azadón, gracias á haber metido su facha de mozo de cordel en una funda de paño burdo y afeitándose la bola de billar que llevan sobre los hombros, vamos á perder el rico Archipiélago filipino; y lo que es peor, quedarán sin vida en aquellas apartadas tierras muchos valerosos soldados dignos de mejor suerte.

Y los que han traído tanto mal sobre España, ni siquiera saben ser hombres en los momentos de peligro afrontando las consecuencias de su conducta. Esos frailes que tantas y tan buenas pruebas de virilidad han dado entre las masas devotas en tiempos de paz, se encierran ahora en los fuertes con las mujeres y los niños, sin duda por no pecar de inconsecuentes. El padre Nozalada, después de decir á los filipinos que los yankees hacen la guerra para impedir que sigan adorando á la Virgen, piensa á los primeros tiros en el castizo refrán «Falta de la Virgen y no corras», y corre y corre camilo de la Península, tal vez para que aquí le glorifique Pidal como uno de los héroes de España.

¡Falta de Dios!... ¡Y por proteger á estas bandadas de lunos qué todo lo pierden, españolismo, virilidad y vergüenza, todo menos el instinto de conservación, se ven los españoles en Manila en el más angustioso de los trance!

Lamentamos con toda el alma la situación de nuestros soldados en Filipinas, puñado de héroes que hace prodigios en su desesperación, como siempre los hizo nuestro ejército al verse acorralado y tener que batirse uno contra ciento. Nuestro pensamiento va hasta la sitiada Manila para participar de las angustias de esos españoles que, batidos de frente por el cañón yankee y teniendo á la espalda la insurrección filipina, se agrupan con la desesperación del mártir en torno de la bandera de España.

Pero si al final de tanto heroísmo hemos de perder Filipinas, hacemos votos porque no quede con vida ninguno de los causantes de la catástrofe, y que las campañas de los insurrectos, ejecutando sus empresas justas, como en otro tiempo lo fueron las espadas de los bárbaros, se emboten y se mellen á fuerza de afeitar en seco monásticos testuces.

Que ninguno vuelva á España. Que sus huesos blanqueen aquella tierra que ha sido para ellos comedor bien provisto y harem de interminables delectas.

Debemos llorar á los nuestros, á los españoles que mueren defendiendo desinteresadamente la patria, sin ser responsables de los abusos tradicionales. El fraile, que por su rapacidad y su soberbia nos ha proporcionado la ruina y la derrota, ese no es español... es un fraile y nada más.

Y si se salvan y vienen á la Península (esa gente siempre sale á flote), el pueblo español debe recibirles con todo el honor que les corresponde: el de la cuerda.

V. BLASCO IBAÑEZ.

## El engaño de los francos

Bancos, banqueros y agiotistas, ó sean los que disponen del capital en estos tiempos difíciles para el comercio y para todo el que recibe dinero de fuera, están abusando del público y es preciso que el público lo sepa y se defienda.

Llega un individuo á un gran establecimiento de Madrid y presenta un cheque de mil francos para cobrarlo.

El cambio está á 82 por 100.

El Banco ese le paga á razón de 75.

Si el individuo ó comerciante reclama, le dicen que el cheque dice *Mil francos pagables al último precio de compra del Banco aquí*.

De modo, que si el último precio á que el establecimiento compró fué por ejemplo á 10 por 100, le pueden dar nada más que 10 por 100 de beneficio en vez de 82 que es el precio del día en que presenta su cheque al cobro.

Pues esto se hace todos los días en Madrid y el comercio y el particular lo aguantan y lo pagan.

Otra de las cosas increíbles que suceden es la siguiente:

Va un sujeto á cobrar 500 francos. Le dan pesetas, con el beneficio consiguiente.

Pero si en uso de su derecho pide francos, que es lo que expresa su letra, para guardárselos por sí el día de mañana están más altos, se los niegan.

El público, á veces, no piensa en esto y se deja mandar por los banqueros.

En las fronteras, durante el verano, este género de explotación dura cuatro meses y todos los viajeros son explotados como chinos.

Hay que ir á la taquilla del cambiante y decir:

—¿A cómo están los francos?

—A tanto.

—Bueno, pues deme usted tantos francos, y ahí tiene usted su precio. Y ahora, cambiemos.

Nadie hace esto y se paga el precio de los francos y el del cambio encima.

Fíjese bien el público en esto, porque no hay idea de lo que están ganando con él los amos del dinero.

## LOS CARLISTAS

¿Que los carlistas nos aprovecharíamos de cualquier desgracia para echarnos al campo? ¿Que aguardaríamos la hora suprema de la patria para disputarnos con austria los misereros despojos en que por obra y gracia de su presente régimen quedará? ¡No, y cien veces no! Al par de nuestra idea está el honor de la nación, y si algo bélico en nuestra actitud se muestra, es en recuerdo de lo que presentamos, de esa gloriosa tradición que antes de ver á España sin honor, desgajados sus flonones y con el sello infamante de la ineptia en su rostro, nos arrojamos al combate, no para disputar esas tristes preseas, sino para hacer borrar con sangre el sacrosanto nombre de la tradición, hoy pronunciado no más que para escarnio; mas al hacer, en aras de la patria, ese acto, émulo más bien de un inmenso suicidio, no perderíamos nosotros solos, y los que quedarán, ya que no pudieran invocar un honor que perdieron y unas glorias perdidas también, libres al menos vivirían del viciado germen en que nos hallamos. Si es eso lo que esos... hombres se proponen, fácil es que lo consigan hasta con creces. Un horror más á tantos horrores, ¿qué tiene, qué importa?

A. RIQUELME.

Madrid, 23 Junio 1898.

## Picadores de reserva

Tiene razón Romero Robledo, nuestro colaborador desde hace ocho días.

¿Para qué sirven los *destroyers*?

La escuadra de Cámara se los deja en Port-Saïd, según dicen los telegramas, por dificultades de marcha. Allí se quedan al sol partiendo piñones. Tenemos, según se dice hace ocho meses, los mejores *destroyers* del mundo, pero se parecen al órgano aquel tan hermoso de la iglesia de un pueblo.

—Diga usted, ¿y suena bien?—preguntó un viajero al cura de la iglesia.

—No señor, respondió el cura. ¡Pues si esto sonara!...

Lo mismo pasa con los *destroyers*. Son muy buenos, pero no ejercen.

Y los contribuyentes que pagan barcos y lo pagan todo, esperando á ver cuando esos *destroyers* resultan!

Parece mentira que seamos tan católicos. Somos paganos!

## Haes.

Sr. D. Rodrigo Soriano:

Mi distinguido y querido amigo: Hace días que arrojam un puñado de tierra sobre el cuerpo del inmortal maestro. Los que en vida suya nos honraron siendo sus alumnos, no nos damos cuenta aún de la tremenda catástrofe. No salimos de su estudio; nos parece que está en su cuarto cuando nos hallamos arriba, y que de un momento á otro hemos de oír su voz cariñosa y sus jovialidades con aquella pequeña colonia tan unida por el amor, la admiración y el respeto á nuestro D. Carlos Haes.

El hablar algo, aunque sea muy poco, de la vida íntima del maestro, de las escenas tan hermosas y detalladas tan conmovedoras ocurridas en sus últimos momentos, y el preocuparse del porvenir de sus estudios y dibujos, parece de tal manera justificado, que no he vacilado en tomar la pluma.

Reunido cuanto significa estudio, trabajo incesante y fina observación, de una parte, con las condiciones de honradez, afabilidad, distinción y sinceridad, por otra; sometido todo esto á la dirección de un talento excepcional y para su acción á una voluntad de acero, y tendríamos sintetizado á D. Carlos Haes.

La labor continua de muchos años, cayendo en terreno tan abonado, dió el resultado que era natural; así el maestro, no sólo lo era en la pintura de paisaje, sino en muchos ramos del saber humano. Dominaba el dibujo en todas sus manifestaciones; sus albama y aguas fuertes son una maravilla; la paleta no tenía secretos para él, y con igual superioridad dominaba la historia, idiomas, arqueología, etc., etc., pues lo único que constituía una preocupación grave para él era el contar y hacerse cargo de la vuelta de un duro.

Acompañado de Morera, su discípulo predilecto y querido, tranquila y feliz transcurrió en estos últimos tiempos la vida de D. Carlos Haes. Acentuóse cada vez más aquella modestia que acompañaba al verdadero mérito, y sus amigos, sus libros y sus flores llenaban su tiempo. Apenábase por las desgracias de esta tierra de España, tan querida de él, y con energía impropia de su edad protestaba de las torpezas ó inmoralidades, cuyos ecos llegaban á aquel estudio como las feiteces de la tierra pueden llegar á las nubes.

Al llegar esta época del verano partía para Algorta, donde era adorado. Allí los barones de Molinet eran su familia, y otro núcleo de amigos lo acompañaba siempre. ¡Pobre maestro! Aún están sin abrir las maletas que un día antes de caer enfermo preparó para esa expedición, ilusión fija de todos los años.

Durante el invierno teníamos la dicha de contarle entre nosotros; pasábalo rodeado de un círculo de amigos y discípulos fieles y constantes, con los que conversaba sin cesar, con el ardor de los 20 años, y nosotros todos, absortos, oíamos sus razonamientos, sus juicios tan claros y ciertos, y sus enseñanzas, que, como hijas del admirable consorcio de su ilustración y su talento, eran sorprendentes.

¡Qué lejos estábamos de pensar hace días, mientras Antonio Cánovas y Vallejo lo retrataba en su artístico gabinete, que la muerte penetraba aquel cuerpo lleno de vida y que aquel retrato sería el último suyo!

Cuando Mariscal, su médico, pronunció la palabra «pulsión», quedamos aterrados.

La agonía del maestro no se borrará jamás de la memoria de cuantos rodeándole presenciamos el fatal desenlace.

¡Pobre maestro!... Entre lucideces momentáneas y canturreos del delirio, á las dos de la mañana empezó á desasegarse; vino una crisis nerviosa, dió voces; los que fuera nos halláramos por no robar aire a sus pulmones, entramos azorados; se le sujetó, se le llamó... todo inútil. Extinguióse la voz repentinamente; aquel corazón tan grande dejó de latir para siempre.

Sus discípulos le rodeáramos.

Cualquiera que allí hubiera entrado habría dicho: «¡Pobres hijos; cómo lloran á su padre!» ¡Hijos? Nadie era de su familia; pero más no harían sus hijos si los hubiese tenido: los que allí lloran desconsolados son su familia del alma, los discípulos, los amigos, los agradecidos.

¡Oh! Si D. Carlos pudo darse cuenta de su último momento, si pudo ver tanta desolación, oir tanto gemido y nombre cariñoso y sentir los besos y lágrimas de todos... seguramente había muerto sonriendo de felicidad.

Con el cariño y respeto mayores, procedíase á vestir el cadáver. Ninguna mano mercenaria le tocó. Veláse á sus discípulos, ir y venir, incorporarlo con cuidado, manejarlo, como temiendo hacerle daño, y así, vestido, calzado y cerrarle los ojos. Un mar de flores, venidas no sé de donde, cubrieron el féretro y el cadáver, de éste sólo la cabeza que, estaba natural, y las manos se veían; en brazos y en hombros de sus amigos bajó á la carroza el día de su entierro; en el cementerio, Regidor y Stuy, cubrían de tierra la caja, hasta no verse nada de ella, ni de las coronas de flores naturales que con